

la capa de agua: las mujeres vienen á buscarla con un cántaro que llevan debajo del brazo y que colocan luego junto al pozo; allí, con un vaso de forma cualquiera, cogen el agua del charco y la vierten en el cántaro. No hacían más ni menos sus antepasados, cuyos huesos yacen bien cerca de aquel sitio.

Al pie de la vertiente Oeste del Cabezo el terreno continúa siendo algo doblado, hallándose formado de bancos de arenisca terciaria y otras rocas más blandas. En un espacio próximamente horizontal, rodeado por el Oeste, Norte y Sud de pequeñas eminencias, aparece trazado un círculo, cuyo contorno se halla vagamente indicado por algunas piedras que todavía se sostienen en pie, teniendo unos ochenta centímetros de altura. El diámetro del círculo es de unos veinte metros aproximadamente; este recinto recuerda los de Ifre y de Zapata, pero, en el caso actual, no nos parece admisible que haya tenido un fin defensivo. Hállase, en efecto, mucho más lejos de la parte habitada y está dominado por las eminencias que lo rodean. Su posición, por el contrario, es muy á propósito para guarecer rebaños, á lo cual pudo habersele destinado.

Para concluir con las construcciones del Oficio, enumeraremos los materiales pétreos empleados en sus diferentes edificios.

En la cima de la acrópolis, obsérvanse pedazos de caliza arrancados del mismo suelo ocupado por las casas.

En la vertiente Norte, eran las costras calizas blanquecinas cuaternarias las que iban á buscarse á la llanura que se extiende por este lado y viene á terminar al pie del Oficio.

Al Oeste, se han puesto á contribución las lajas de arenisca terciaria: todavía existe en este paraje una cantera moderna, viéndose cerca del recinto arriba descrito bancos de arenisca, y junto á ellos fragmentos de lajas que, en parte, parecen arrancados por mano de hombre, pero en una época muy remota.

En la vertiente Sud, lajas de pizarra han sido frecuentemente empujadas en los muros; pero su empleo era muy limitado, á causa de su escasa solidez.

Para la casa *M*, no obstante, sirviéronse sobre todo de fragmentos de pizarra y pedazos de cuarzo, que existían al estado de lentejones en las capas pizarreñas que afloran alrededor de este punto.

Inútil decir que los diversos materiales se hallan ordinariamente mezclados unos con otros, pero los de cada especie dominan en los puntos inmediatos á su yacimiento.

Como en los demás sitios prehistóricos, nuestros hallazgos son de dos clases: en el suelo de las casas y entre los escombros hemos recogido los objetos de uso diario que mejor han resistido á la destrucción, y en particular los útiles de piedra; en el interior de las casas encontramos las sepulturas, donde se han conservado los objetos más delicados, gracias á las precauciones que se guardaban al enterrarlos. A un mismo nivel, por consiguiente, y unos junto á otros, yacían todos esos restos de naturaleza tan diversa. Los describiremos separadamente.

OBJETOS ENCONTRADOS FUERA DE LAS TUMBAS.

OBJETOS DE PIEDRA.—*Sierras*.—El Oficio nos ha dado unas ciento cincuenta. Hemos descrito ya suficientemente este género de útiles en el capítulo VII (El Argar), citando entonces los dos ejemplares que llevan costras de betún, destinado á aumentar la adherencia del pedernal al mango, los cuales se hallan figurados en la lámina 62 con los números 46 y 47. Del que se representa en el número 41 se ha hecho mención en el capítulo IV (Las Anchuras), á propósito de una sierra semejante, pero más gruesa. La del Oficio está retocada en toda su superficie; tiene la misma forma que la de número 40 de la misma lámina, pero su sección es muy diferente, como lo prueban los cortes y las vistas que damos de estos objetos. El filo, más ó menos dentado, de la mayor parte de estos pedernales aparece con ese pulimento característico debido al uso.

Hachas pulimentadas.—Cinco ejemplares, más ó menos completos, empleados en diversos usos. La casa incendiada *x* nos ha dado una bella hachuela de la misma substancia, á nuestro parecer, que las de Toyos, del Gárcel, de Cuartillas, etc. Unas fibras grises y negras atraviesan, con todo, casi toda la masa, como se ve en la lámina 62, figura 49.

Piedras con ranuras.—Cinco ejemplares: dos de ellos son probablemente piedras de afilar; las otras tienen un destino problemático.

Piedras de afilar.—Una quincena. Son unas tablitas largas y pró-

ximamente rectangulares, que presentan los principales tipos y las perforaciones ya estudiadas en el Argar (V. figs. 16, 17 y 18, lám. 62).

Piedras diversas.— Nos contentaremos con enumerar las siguientes:

Cantos que han servido de percutidores.

Muelas; la más pequeña de veinte centímetros.

Piedras (pizarra, micacita) acribilladas de hoyos.

Tapas de vasijas hechas de pizarra.

Un fragmento de un molde de *celt* y otros moldes.

Piedras agujereadas naturalmente.

Piedras larguiruchas, sirviendo para triturar, etc.

Cantos que han servido para alisar ó igualar superficies bastante duras, como las de las obras de alfar.

Un fragmento grande de pedernal oolítico, del cual se han destacado algunos trozos; núcleos más pequeños; pedazos de pedernal; pedazos de cuarzo, con indicios muy dudosos de trabajo intencional.

OBJETOS DE TIERRA COCIDA.— *Cerámica.*— Algunas vasijas y fragmentos de otras, más toscas unas y otras que las de las sepulturas, con orejetas, asas y adornos primitivos en los bordes.

La casa *x* ha proporcionado vasijas finas conteniendo diversos objetos. En una de ellas se encontraba el mango representado en la figura 21 (Lám. 62) y una piedra de afilar. Otra encerraba un punzón y restos de tela incinerada (V. lám. 62, fig. 75).

Fragmentos de vasijas ricamente adornadas en la parte exterior, junto á los bordes, y hasta en la interior, pero en los bordes también. Las figuras 76 á 82 muestran el sistema seguido para su ornamentación.

Pies de vasijas, de esas de tres pies, como las del Argar.

Arcilla endurecida.— Numerosos fragmentos de arcilla endurecida, con impresiones de cañas, cuerdas de esparto trenzado, hojas y hasta frutas; provienen de tabiques ó de techos de casas incendiadas.

Pesas.— Una cincuentena de pesas de tierra cocida, rectangulares y con cuatro agujeros unas, y redondas y más pequeñas otras, provistas de dos, tres ó cuatro agujeros. De ordinario los agujeros presentan señales de desgaste, producido por el roce de las cuerdas á las cuales se hallaban pasadas y suspendidas las pesas.

Las grandes, de forma rectangular, estaban suspendidas á la vez por

los dos agujeros de uno de sus lados más largos; las pequeñas, de forma redonda, lo estaban por un solo agujero.

Soportes.— Un tosco soporte de tierra mal cocida y fragmentos de otra. Son gruesos y, sin embargo, frágiles; poco cómodos para un uso continuo. No vemos que puedan tener utilidad sino en casos especiales (V. fig. 74, lám. 62).

OBJETOS DE HUESO.— Unos doscientos. Consisten la mayor parte en puntas de los tipos ya conocidos; algunas de las pequeñas tienen afiladas sus dos extremidades. La de la figura 27, lám. 62, está perforada en su extremo más grueso. Este agujero debía servir para suspenderla. Algunas otras tienen ranuras y ojos como las agujas.

Las figuras 19 y 20 representan dos rodajas perforadas: la figura 21 una especie de mango con cubo rectangular, atravesado por dos agujeros: una clavija de metal se halla pasada por uno de ellos. Este mango se encontraba en una pequeña vasija de la casa *x*, apareciendo algo destruido por el fuego.

Las figuras 35 y 36 corresponden á una especie de clavijas, en las que no hemos podido determinar la substancia de que están hechas; tenemos de ellas una docena; la figura 33 es un mango de punzón de asta de ciervo, y la figura 34 un asta labrada en su extremidad.

Conchas.— Los mismos géneros que en las otras estaciones.

Cereales.— Granos carbonizados de las especies conocidas.

OBJETOS DE METAL.— Tres *celts* planos de cobre y dos fragmentos (Fig. 3, lám. 62).

Dos cuchillos ordinarios (Fig. 1).

Seis cinceles (Figs. 14, 15).

Cuarenta punzones, agujas ó anzuelos, constituidas todas estas piezas por simples varillas, de sección redonda ó cuadrada, terminadas en punta por una ó dos de sus extremidades (Figs. 11, 12, 13).

Siete puntas de flecha (Figs. 4 á 10).

Una hoja con espigón provista de dos pasadores. Nos inclinamos á ver en ella una punta de lanza más bien que un puñal. El espigón de que está dotada la aproxima á las puntas de flecha y la aleja por completo de todos nuestros cuchillos-puñales; pedazos de madera carbonizada hállanse adheridos á ella; proviene de la casa incendiada *x*.

Una sierra de cobre ó de bronce (Fig. 48).

Mineral de cobre carbonatado.

Cobre y bronce fundidos.

Plomo metálico.

Este último hallazgo merece que le dediquemos algunas líneas.

La casa *e* nos ha proporcionado un fragmento de plomo de forma irregular, pesando unos siete gramos: hallábase junto al suelo de la vivienda, entre la tierra negra y carbonosa; á una de sus caras estaban todavía adheridos algunos residuos carbonizados é incinerados de hierbas ú otros vegetales que parecen haber formado como un tejido.

El pedazo procedente de la casa *p* es más importante. Es plano y de contornos redondos, como si fuera producto de una fusión: hasta se ven en la superficie ciertas ondas de todo punto semejantes á las que se forman en la superficie de un baño de metal fundido. Sobre la cara opuesta aparecen pegados fragmentos de micacita granatífera, como también restos de madera ó de hierbas quemadas. Se halla muy poco deteriorado y pesa cincuenta y dos gramos. Lo encontramos á la profundidad de un metro cincuenta centímetros, cerca del suelo de la casa, entre la tierra negruzca.

Junto á él yacían algunos fragmentos de cobre fundido y otro pedazo de metal formado por una gota de bronce fundido, al cual se adhiere un poco de plomo fundido igualmente, que parece haberse corrido por encima del bronce ya solidificado. En este plomo se distinguen algunas partículas de un mineral de color rojo, que pudiera ser un mineral plumbífero; su aspecto recuerda el de la casiterita (óxido de estaño); vestigios de estaño se han podido determinar en uno de los dos fragmentos de plomo del Oficio.

Fuera de estas insignificantes cantidades de estaño, este plomo es muy puro; y muy dúctil además. Es notable la excelente conservación del fragmento mayor; apenas si una delgada película de óxido gris lo cubre.

Hemos reconocido en varios casos fenómenos de conservación no menos extraños, debidos á la naturaleza misma del suelo. La arcilla proveniente de la descomposición de las pizarras violáceas está constituida por elementos de una tenuidad extraordinaria, formando pasta con el agua

mejor que ninguna otra roca de su clase. Gracias á esto, cuando el agua arrastra dichos elementos para depositarlos más lejos, las capas que así resultan formadas son absolutamente compactas é impermeables; y los objetos que ellas envuelven quedan al abrigo de toda destrucción. Poseemos cráneos del Oficio cuyos huesos contienen todavía parte de su gelatina, como si fueran recientes, no pegándose á la lengua como los del Argar.

Al hablar de la sepultura 23 de Zapata, dijimos ya cuán resistente y compacta se vuelve esta arcilla. Era muy empleada en los edificios del Oficio, y al ocurrir la destrucción de éstos, la lluvia, que azotaba sus ruinas desmanteladas, cargábase de los elementos más finos de esa arcilla, que de esta suerte era llevada por las aguas á todas las hendiduras y cavidades, á través de la tierra, tapizando todos los objetos, y llegando á obstruir completamente, al cabo de algún tiempo, su propio camino. Así es como los objetos han quedado frecuentemente sustraídos á la acción de la humedad y de las variaciones de la temperatura; y he aquí por qué tenemos nosotros del Oficio cuchillos, adornos de cobre y de plata, útiles de hueso, cráneos, etc., mucho mejor conservados que los del Argar.

Volveremos á hablar de estos fragmentos de plomo en una sección especial de esta obra, dedicada á la metalurgia de nuestros pueblos. Insistimos aquí solamente en su contemporaneidad con todos los demás objetos; nada se había removido en este sitio; se han encontrado, es verdad, restos de la época romana cerca de la superficie; pero, fuera del receptáculo E, jamás aparecen estos objetos á más de treinta centímetros de profundidad. Citaremos á continuación cuáles son estos objetos.

Algunas monedas romanas, una de ellas de Trajano Germánico, algo posterior al año 100 de nuestra era.— Barras redondas de latón, que en la mitad de su longitud presentan una parte adornada, como las del Argar (V. lám. 25, fig. 36).— Un pendiente de oreja, de bronce, consistente en un anillo al cual está soldada una bola de vidrio verde.— Colgantes en forma de hojas, provistos de un anillo en una de sus extremidades.

Algunos otros objetos bastante complicados: clavos, botones, pesas, etc.

SEPULTURAS.

Se han encontrado doscientas. Hemos indicado ya la posición de un gran número de ellas: en el interior de la acrópolis había unas ciento cincuenta, colocadas todas en el suelo de las casas, junto á los muros, penetrando á veces en parte ó por entero en el espesor de los mismos y quedando ocultas detrás de un pequeño macizo de mampostería. Su distancia de la superficie varía de 0 á 1 metro y 50 centímetros según el estado de conservación de los edificios.

Un 71 por ciento de estas sepulturas son urnas.

El 25 por ciento cistos.

El 4 por ciento simples cavidades de las rocas, que cobijan los esqueletos.

Como la cantera de donde se extraían las losas se halla al pie del Cabezo, de aquí que las sepulturas en forma de caja rectangular prismática sean relativamente más frecuentes que en el Argar, donde hay aproximadamente: 80 por ciento de urnas, 10 por ciento de cistos, y 10 por ciento de hoyas más ó menos rodeadas de piedras.

Se ve por esto que la elección del féretro venía determinada por el lado práctico de la cuestión, según ya dijimos más arriba.

Las tumbas de niños son las que más abundan: la más pequeña (192) es una copa sin pie de veinte centímetros de ancho y diez y siete de profundidad, conteniendo un pequeño esqueleto: un pedazo de vasija tapaba su boca. Hay setenta y cinco urnas, cuya longitud varía entre veinte y cuarenta centímetros y cuyos diámetros máximos difieren poco de estas mismas cifras.

Estas urnas no presentan nada nuevo; es probable, como ya lo hicimos notar, que se enterrase á los niños en vasijas de uso común. A este propósito conviene que describamos la urna número 48, á causa de su forma, á la verdad, bien curiosa (V. fig. 86, lám. 62). Su mayor diámetro es de cuarenta y cinco centímetros, su altura de cuarenta y dos, y el diámetro de su boca de veinticinco. Esta se halla rodeada de seis asas horizontales, colocadas al tresbolillo con relación á seis orejetas de grandes dimensiones que guarnecen la panza de la vasija.

La factura es tosca, bien que la pasta no sea de las menos finas; su color varía del gris rojizo al negro. No era ésta una urna fabricada especialmente para servir de sepultura, sino más bien para transportar líquidos; para ello, indudablemente, se haría uso de una cuerda que alternativamente pasase por una asa ó diese vuelta á una orejeta, y esta cuerda se sujetaría á la espalda de un hombre ó de una bestia de carga.

La urna de la sepultura 77 había estado rajada; existían á lo largo de la hendidura algunos agujeros para remendarla, y se había aplicado además sobre ella una pasta blanca que contenía muchos fragmentos de yeso, habiéndose vuelto ya muy resistente.

Hemos podido recoger siete cráneos de adultos y tres de niños. Encontramos de nuevo aquí ajuares funerarios enteramente parecidos á los que hemos descrito al narrar nuestras excavaciones del Argar. No hay para qué volver á hacer su descripción detallada.

Por punto general, las vasijas, bien que de formas idénticas á las de que se ha hablado hasta ahora, parecen algo más esmeradas. Las pequeñas de las sepulturas números 5, 80 y 81, son verdaderamente preciosas. Ninguna señal de torno descubrimos en ellas; y, por consiguiente, el artífice que las ejecutó debía poseer una habilidad sin igual para producir, por medio de moldes, formas tan perfectamente acabadas. No son menos notables su bello color, variando del gris obscuro al negro, y su fino pulimento.

Las minúsculas piezas de las sepulturas números 4, 5, 15, 19, 62, 70, 77, 84 y 96 son también muy bonitas: pertenecen al tipo número 5 del Argar.

La vasija aplanada del número 42 recuerda la forma de una calabaza silvestre; esta cucurbitácea, seca y vacía, sirve hoy en España para guardar líquidos; nuestros prehistóricos pudieron utilizarla como molde para ciertas vasijas, y, en tal caso, el alfarero trabajaría á molde perdido. La vasija en cuestión lleva cuatro orejetas agujereadas junto á la boca; una de ellas está muy desgastada. Tiene algunos puntos de contacto con las del tipo 6 del Argar: una boca estrecha y un gran ensanchamiento lateral; además de esto, ha sido encontrada en una tumba que contenía una alabarda, así como varias vasijas de este mismo tipo 6.

Debemos también llamar la atención sobre la copa de número 36 (Véase figura 85, lám. 62). Su forma difiere algo de las vasijas de este género que

hemos examinado hasta este momento. El cuello es más largo; la parte superior, en vez de presentar sus bordes rectos ó convexos, ofrece una doble curvatura; y, por último, el borde exterior se dobla bruscamente, en lugar de formar una curva reentrante que amortigüe el ángulo.

La pasta es amarillo-rojiza y en ciertos puntos negra; distínguese en la superficie, como de costumbre, señales de un esmerado pulimento. La hermosa vasija de número 108 (V. lám. 62), está igualmente bien trabajada; esta forma es rara en nuestra colección.

Las sepulturas del Oficio nos han dado ¹: Diez y siete vasijas del tipo 1 del Argar; — once del tipo 2; — cuatro del tipo 3; — diez del tipo 4; — cuarenta y nueve del tipo 5; — una que colocamos en el tipo 6, á pesar de su diferente forma; — diez del tipo 7; — diez y seis del tipo 8.

Entre los útiles y las armas de metal, haremos notar, sobre todo, las alabardas. La de número 42 conserva aún importantes fragmentos de madera alrededor de los pasadores, como también restos de tela. La de número 9 es muy rara (V. lám. 63), y no tiene ningún pasador; evidentemente está incompleta. Tenemos cuatro alabardas del Oficio y solamente dos hachas planas.

Los cuchillos y puñales son en número de cincuenta y cuatro, y nada especial presentan; los de números 5, 9 y 200 tienen pasadores de plata.

Entre los veinticuatro punzones, el de número 77 merece señalarse; hállase todavía metido en un gran mango de hueso tallado, perfectamente conservado (V. lám. 63, fig. 77).

Tampoco tenemos por qué detenernos en las cuentas de collar, que reproducen las formas de las estaciones precedentes.

Los brazaletes, sortijas y pendientes de oreja son también idénticos á las alhajas ya descritas, habiéndonos suministrado las tumbas del Oficio: veinticuatro brazaletes de cobre ó bronce; — uno de plata muy cargada de cobre; — uno de plata; — ochenta y dos sortijas y pendientes de oreja de cobre ó bronce; — veintidós de plata; — dos de oro.

A un gran número de los objetos de metal, sean armas, sean aderezos,

¹ Enumeramos aquí tan sólo las vasijas de las doscientas primeras sepulturas, únicas que tenemos catalogadas en el momento de escribir estas líneas, conservando los números de los tipos que hemos adoptado en el capítulo del Argar.

se hallaban adheridos pedazos de lienzo. El cobre y el bronce se hallan muy desigualmente deteriorados; tan pronto no existe propiamente metal puro, transformado todo él en óxido rojo y carbonato; tan pronto se ve apenas en él, por el contrario, una delgada película de carbonato verde.

Muchas sepulturas contenían cantos redondos del tamaño del puño, que habrían servido de percutidores. Las osamentas de animales (bueyes, cabras) eran muy frecuentes.

La tumba más notable del Oficio es la de número 6. Era enteramente una caja rectangular prismática, de noventa y ocho centímetros de largo, setenta de ancho y cincuenta y cuatro de profundidad, constituida por seis lajas de pudinga; estaba llena de tierra, hallándose las osamentas en mal estado. El ajuar funerario se componía de: Una hoja con cuatro pasadores y un punzón de metal; — dos vasijas del tipo número 5; — un brazalete de plata formado por un grueso hilo metálico, de extremidades libres, que venían á terminarse la una frente de la otra; — dos pendientes de oreja, de oro, constituidos por hilos delgados arrollados de modo que presentaban poco más de dos espiras completas (V. lám. 63, fig. 6). En una de estas alhajas, una de las extremidades del hilo es puntiaguda, la otra parece rota, lo mismo que los dos extremos del hilo del otro pendiente.

Por último, una diadema de plata muy notable. Está hecha con una franja metálica de treinta á treinta y dos milímetros de anchura. Las dos extremidades se cubren una á otra en una longitud de diez y ocho milímetros; una de ellas está cortada normalmente, la otra está redondeada, juntándose ambas mediante dos pasadores de cobre; á cuarenta y cinco milímetros de distancia de ellas vense dos agujeros practicados en la lámina de metal, que debieron servir primitivamente para introducir otros dos pasadores; en su forma actual, la diadema tiene un desarrollo de quinientos treinta y siete milímetros. Su espesor, al presente, es muy variable, teniendo su *máximum* cerca de su juntura, en donde se aproxima á un milímetro. En toda la superficie aparecen ocho series longitudinales y paralelas de puntos, obtenidos repujando el metal del interior hacia el exterior, mediante un instrumento puntiagudo que alguna vez ha atravesado la lámina de parte á parte. La separación de estos puntos entre sí

es casi constantemente de dos milímetros, trazando, sin embargo, líneas onduladas que se aproximan más ó menos las unas á las otras; en algún sitio, resultando la separación excesiva, se intercaló una novena serie de puntos. Las series extremas se hallan tan próximas á los bordes de la franja, que con frecuencia el metal ha sido arrancado en el lugar correspondiente á alguno de los puntos, produciéndose así una especie de dentellones; obsérvase esto sobre todo en la parte opuesta á la juntura, en que el espesor es muy pequeño. La plata se halla cubierta, como sucede generalmente, por una película gris blanda, de composición compleja.

La corona debía estar puesta sobre el cráneo, pero éste se hallaba enteramente roto. Este bello objeto pesa noventa y ocho gramos; está representado en la lámina 63 en 6.

El punzón de esta tumba induce á pensar que los restos que contenía pertenecieron á una mujer.

Creemos inútil insistir en la identidad del pueblo del Oficio con el de Ifre, Zapata, Gatas y el Argar.

Ningún hecho nuevo vemos aquí. Una vez más dejamos comprobada la existencia de una raza que se hallaba en posesión á la vez de un estado social muy adelantado y de costumbres guerreras, pero de las más cultas.

Nos hallamos de nuevo en presencia de un anacronismo aparente, cual es, el uso corriente de la plata en una época que necesariamente hay que colocar inmediatamente después de los tiempos neolíticos.

Lo explicaremos muy luego.

CAPÍTULO X

FUENTE ÁLAMO.

FUENTE Álamo está situado en la Sierra de Almagro.

Hemos tenido ya ocasión de decir algunas palabras acerca de esta curiosa montaña. Imposible imaginar terreno más dislocado.

Al pie de la sierra vienen á morir las margas y los conglomerados de la formación pliocena, á cuyas rocas atraviesan conos de basaltos y cubren pudingas y costras calíferas recientes. Estas capas han sido desgarradas y abarrancadas por un gran número de pequeños torrentes.

En la montaña misma, bancos rojizos de caliza ferruginosa, grandes manchas oscuras de diorita, fajas violáceas de pizarra arcillosa y unos como regueros blanquecinos de talco y yeso le dan un aspecto rarísimo. Encuéntranse en ella los ejemplares mineralógicos más diversos.

La vista de estos barrancos desnudados es muy triste; ninguna vegetación los anima. Los fenómenos geológicos les dan, sin embargo, un carácter grandioso.

A principios de este siglo, había en la Sierra de Almagro numerosos pinos; las necesidades locales por un lado, la rapacidad por otro, los han destruído, y por todas partes se presenta hoy desnuda la roca; no quedan más que algunas desmedradas malezas, de trecho en trecho.

Extrañas leyendas circulan por el país sobre los tesoros de *El Magro*, como dice el pueblo; unos pretenden que hay en la montaña minas de oro, cuyas bocas están cerradas; otros dicen que en ella está enterrado un rey moro, y con él fabulosos tesoros.

Compréndense estas creencias en un país en que los minerales preciosos han enriquecido á tantas personas de la clase inferior; ya se verá, por otra parte, que no carecían en absoluto de algún fundamento, pudiendo verse en ellas los restos de lejanas tradiciones, que la imaginación ardiente de los meridionales habrá exagerado.

Con no poca frecuencia se nos han recitado esas fábulas sobre tesoros enterrados y minas de oro ocultas; y hasta más de una vez nos han servido como de pista para la investigación de nuestras estaciones prehistóricas. Pero la imaginación de los labriegos no va más allá de la época árabe; los vestigios de los tiempos pasados son siempre para ellos restos de la dominación de los moros del África.

Fuente Álamo era, hasta hace pocos años, el principal manantial de agua potable que proveía á las necesidades de la ciudad de Cuevas. Rinde apenas este manantial cuarenta metros cúbicos por día, y se encuentra á cuatro kilómetros de la población por el Nordeste. Antes que se realizara el abastecimiento de aguas con que Cuevas se halla hoy dotado, largas recuas de asnos cargados de cántaros iban penosamente en busca de la sola bebida de este pueblo sobrio.

Remontémonos á esa época y sigamos á esos pacientes animales.

Después de atravesar la rica llanura de aluvión, ó sea, la vega del río Almanzora, subimos á las mesetas de Campos y de Tres Cabezas; dejamos á nuestra derecha las estaciones de que hemos hablado al principio de este estudio, y ganamos en seguida el pie de la sierra, descubriendo en un recodo del camino Fuente Álamo y la estación prehistórica que se eleva por encima del manantial.

Se halla figurada esta vista en la lámina 64, pero ninguna representación es capaz de hacer comprender la profunda impresión que produce este espectáculo.

Un agreste vallejo hállase dividido por dos pequeños lechos de otros tantos torrentes: á su alrededor la vista queda encerrada en un recinto formado por extraños peñones.

Rodeada por este formidable recinto, levántase en el centro la colina roqueña en la que este gran pueblo había confundido en una misma ciudad los vivos y los muertos.

La forma del Cabezo es cónico-truncada, bastante irregular. Del pie á la cumbre, es decir, en una altura vertical de más de cincuenta metros, las vertientes se hallan cubiertas de piedras provenientes de las ruinas de las construcciones primitivas. Diríase que es un inmenso *cairn*. Según cálculo aproximado, evaluamos en veinte millones de kilos el peso de las piedras que cubren la colina. Todas, ó casi todas, han sido llevadas allí de las inmediaciones.

Multitud de veces hemos hecho el camino por el cual acabamos de conducir al lector hasta Fuente Álamo: multitud de veces esas ruinas elocuentes se han presentado á nuestros ojos; y siempre experimentamos, al contemplarlas, profunda emoción.

Verdad es que nuestra imaginación volvía á levantar esos muros hundidos, repoblaba esas soledades, resucitaba á los muertos enterrados en esas devastadas vertientes, hacía renacer, en fin, esa extraña civilización cuyos restos hemos removido é investigado, y el *cairn* se transformaba en ciudad prehistórica.

Á la derecha y al pie del monte, una casucha moderna viene á recordarnos que estamos en pleno siglo XIX: algunos álamos y nopales, junto con dos ó tres palmeras y un cuadro de terreno cultivado, la rodean. Esta vegetación se desarrolla en unos cuantos metros cuadrados robados al torrente, y debe su vida á la fuente.

Allí inmediata fluye el agua de una galería subterránea; como la mayor parte de las fuentes del país, nace en el contacto de las capas de pizarra con las de caliza. Es de excelente calidad y goza de cierta fama. Marca diez grados al hidrotímetro. Como se ve, nuestros prehistóricos sabían apreciar la proximidad de una buena agua potable.

Bajo todos aspectos, por lo demás, el emplazamiento del caserío estaba admirablemente escogido. De ello puede juzgarse por el examen de la lámina 64. En la cima del cerrillo se extiende una explanada algo quebrada, de forma próximamente rectangular. Desde ella se descubre gran extensión de terreno. Acaso fuera éste el núcleo primitivo del caserío, que posteriormente se habría extendido, ocupando las vertientes escar-

padas. De todos modos, lo cierto es que la acrópolis ocupaba este emplazamiento.

La roca que forma la colina se halla cubierta de un espesor de escombros sumamente variable, provenientes principalmente de la capa de tierra que los antiguos habían echado sobre el terreno para nivelar el suelo de las viviendas, de los detritus procedentes de su misma permanencia en aquel sitio, y por último y sobre todo de las piedras y del barro que entraban á formar los muros de las casas que se han hundido. En Fuente Álamo, como en el Oficio y en Zapata, constituyen este barro y esta tierra unas arcillas pizarreñas, de color gris violado. Alguna vez también encontramos capas de tierra arcillosa, mezclada con cenizas y residuos carbonosos.

En las vertientes de la colina no es cosa fácil encontrar muros bien marcados; todo ha sido destruído, encontrándose innumerables tiestos diseminados entre los materiales de construcción de las viviendas.

Descúbrese, sin embargo, en 25 (V. lám. 64), un espacio rodeado de muros de piedra y tierra; de ellos ciertas partes son antiguas, pero otras parecen haber sido levantadas recientemente para resguardar unas colmenas. Las excavaciones hechas dentro de este espacio no nos han suministrado dato ninguno. La posición y la naturaleza de esta construcción recuerdan las que hemos señalado en casi todos nuestros caseríos.

Exploramos poco las vertientes, que, sin embargo, nos dieron algunas sepulturas en malísimo estado. En cuanto á la del Norte, no parece que haya sido muy ocupada, observación parecida á la que hicimos ya respecto de las estaciones precedentes. Nuestra atención se ha dirigido sobre todo á la parte superior del cerrillo, donde nuestros trabajos adquirieron cierto desarrollo.

Pusimos allí de manifiesto varios pequeños recintos de casas, construídas de la misma manera que las que tantas veces hemos descrito. Se hallan figurados en el plano de la lámina 64.

En 24 encontramos la peña á una profundidad de cuatro metros.

Como de costumbre, las excavaciones sobre la capa de escombros produjeron dos clases de objetos: los que se encontraban fuera de las sepulturas y los que formaban parte del ajuar funerario.

Nos limitaremos á hacer de los primeros una rápida enumeración, no

deteniéndonos á señalar más que las particularidades nuevas que ofrezcan; los más notables se hallan figurados en la lámina 65.

OBJETOS DE PIEDRA.—Sierras de pedernal, algunos núcleos y ripio de igual clase (Figs. 50 á 57). Hachas y fragmentos de hachas pulimentadas de diorita (Figs. 82 á 86).

Tres piedras de afilar (Figs. 70, 71, 72).

Un disco redondo de traquita tallado (Fig. 91).

Varios cantos que han servido de majaderos, percutidores, alisadores, etc. (Figs. 92 á 95).

Una piedra formando cúpula, cuya superficie está cubierta de estrias circulares; podría ser que fuese un gozne de puerta, puesto que, alrededor de la cavidad que presenta, vense también estrias circulares que no dan la vuelta completa, hallándose interrumpidas por la aspereza que en este punto presenta la piedra. El cuerpo que ha producido estas estrias no podía tener otro movimiento que el de vaivén, deteniéndose en este movimiento, como las estrias, al sentir la aspereza en cuestión (Fig. 90).

Una gran piedra larguirucha (Fig. 87), presentando una ranura en una de sus extremidades, siguiendo todo su contorno.

Un fragmento de otra (Fig. 88) con dos ranuras, siguiendo direcciones perpendiculares.

Una tercera, más pequeña, de la misma forma que la precedente (Fig. 89).

Un canto de arenisca, de forma semi-ovoide truncada; su cara plana está atravesada á lo largo por una depresión redonda y poco profunda (Fig. 96).

M. Evans ¹ menciona una piedra muy semejante á ésta encontrada en Amesbury (Gran Bretaña), que este sabio considera que habrá servido de piedra de afilar. Una segunda, más pequeña, hemos encontrado en el mismo Fuente Álamo, y otras en el Oficio, el Argar, etc.

Un pequeño pedazo de ocre rojo.

Un gran número de muelas, ordinariamente de micacita granatífera.

OBJETOS DE HUESO Y MARFIL. — Una treintena de puntas de hueso de diversas formas.

¹ J. EVANS. *Les Ages de la pierre*, p. 200.

Un pequeño tubo de hueso acanalado (Fig. 81).

Un pedazo de peine de marfil (Fig. 62).

Es interesante su comparación con los de las sepulturas números 245 del Argar (Lám. 47) y 200 del Oficio (Lám. 63).

Fragmentos de astas de gamo agujereadas ó no en su parte media (Figs. 124, 125, 126, lám. 65).

CONCHAS. — Como en los caseríos precedentes, hemos recogido una cantidad considerable de conchas marinas, la mayor parte de ellas agujereadas.

Entre los escombros yacían también con abundancia moluscos terrestres del género hélix; sin duda provenían, en parte, de restos de comidas.

OBJETOS DE TIERRA COCIDA. — Nuestras exploraciones fuera de las tumbas dieron lugar á los siguientes hallazgos:

Varias pesas de tierra apenas cocida, de color amarillento (Fig. 103).

Dos husos enteros y un tercero roto (Figs. 100, 101, 102).

Algunas vasijas de tierra cocida enteras y fragmentos numerosos de otras, entre los cuales citaremos doce fragmentos de cuellos de copas.

Algunos pedazos de vasijas con adornos. Señalemos, como ejemplo, el dibujo representado en la figura 123, el cual ha sido obtenido con la punta de una caña cortada, trabajando sobre la pasta blanda. Las vasijas adornadas no se encuentran en las sepulturas.

OBJETOS DE COBRE Y DE BRONCE. — No podemos hacer mención sino de algunos fragmentos de cinceles y de punzones (Figs. 64 á 67), una sortija (Fig. 63), un pequeño fragmento de alabarda, cuya sección damos (Fig. 69), y un fragmento que probablemente proviene de la parte correspondiente al corte de un *celt* plano (Fig. 68).

Dos clavos con cabeza, probablemente romanos, y el fiel de una balanza; este último yacía entre la tierra que cubría la bella sepultura número 1, que describiremos más lejos. Este objeto está formado por una varilla redonda que se adelgaza por sus dos extremidades, las cuales se terminan por un anillo; otro de éstos existe también en el centro. Los dos brazos son iguales, pero uno de ellos está dividido en doce partes iguales por pequeños trazos. Este fiel es idéntico en todos sus detalles á otros que se han encontrado en Pompeya. Para explicar la presencia de esta pieza en el sitio en que fué encontrada, séanos permitido creer que

los romanos tendrían alguna idea de las alhajas que nuestros prehistóricos sepultaban con los muertos, y que harían allí algunas excavaciones con fines codiciosos, proveyéndose de una balanza á fin de apreciar sobre el mismo sitio de dichas excavaciones el valor de sus hallazgos.

Debemos felicitarnos, por lo demás, de que su tarea quedase interrumpida con tanta oportunidad; pues si llegan á cavar algo más, en el punto mismo en que el fiel fué encontrado, nos hubieran privado de uno de los más bellos ornamentos de nuestra colección.

En 42 (V. lám. 64), á algunos metros del sitio en que se encontró el fiel, hemos podido reconocer que se había excavado y, en parte, destruido una gran sepultura hecha con lajas de piedra; entre la tierra que á su alrededor había yacía una lamparita de tierra cocida, probablemente romana.

Pocas son las generalidades que podemos apuntar sobre las tumbas de Fuente Álamo. Como en las estaciones precedentes, las inhumaciones fueron practicadas en el mismo caserío, sea en sepulturas hechas con lajas de piedra, sea en el interior de grandes urnas de tierra cocida.

Estas sepulturas se encontraban á una distancia de la superficie que variaba entre 0 y 2 metros y 50 centímetros.

Se han encontrado cuarenta y seis de ellas.

Describiremos detalladamente las más notables.

Sepultura número 7.—Esta tumba estaba constituida por una caja rectangular, formada por seis lajas de pudinga.

El ajuar funerario se componía de:

Un brazalete de plata.

Cuatro sortijas enteras, un fragmento de otra y dos pendientes de oreja, igualmente de plata.

Un punzón del mismo metal, único de su especie que figura en nuestra colección.

Un cuchillo de metal, con tres pasadores.

Una especie de vasito de plata, que sirvió sin duda de pomo de algún mango; esta pieza es también única entre nuestros hallazgos.

Una pequeña vasija y una copa de tierra cocida, como también frag-

mentos de otra vasija de ese singular modelo que hemos señalado en el Argar (Tipo núm. 6).

Estos objetos, figurados en la lámina 65, fueron retirados de entre la tierra que había penetrado en la caja por los intersticios de las lajas.

Los huesos del esqueleto hallábanse en mal estado. Fuera del cisto yacía otra copa, que es probable hubiese sido puesta allí con deliberada intención.

Sepultura número 9.—Era una caja de pequeñas dimensiones, formada por seis lajas de pudinga, labradas y yuxtapuestas con cuidado, y aseguradas exteriormente con piedras hincadas en el terreno en todo su contorno. El fúnebre recinto tenía ochenta y dos centímetros de largo, cincuenta y cinco de ancho y cincuenta de alto. Las juntas cerraban herméticamente, de tal suerte que los esqueletos, así como las piezas del ajuar funerario, estaban absolutamente intactos y en su primitiva posición, exentos de ese barro que de ordinario ha invadido todas las sepulturas.

Desgraciadamente y con gran pesar nuestro, separándose de las órdenes severas que teníamos dadas, uno de nuestros obreros levantó sin ninguna precaución la tapa de la caja, la dejó caer dentro, produciendo lamentables averías, y retiró en seguida cuanto encerraba la tumba.

Interrogando minuciosamente al culpable, pocos momentos después de cometida su falta, pudimos, con todo, reproducir fácilmente la disposición de la sepultura, que está representada en la lámina 67. Dos esqueletos ocupaban el cisto: el que aparece delante en el dibujo era masculino; el otro, en parte oculto por los objetos de cerámica, era femenino.

Como de costumbre, los cuerpos habían sido encogidos, de manera que las rodillas vinieran á tocarse con la barba. Sobre el pecho del hombre se había colocado, de través, una espada de bronce de cincuenta y ocho centímetros de longitud (V. lám. 68), es decir, cinco centímetros más larga que la de la sepultura número 429 del Argar; aparte de esta diferencia, la similitud de las dos armas es notable.

He aquí la enumeración de los demás objetos que se extrajeron de esta tumba:

Dos hojas de cobre y bronce con cuatro pasadores.

Un brazalete de bronce.

Siete pendientes de oreja ó sortijas de plata.

Un collar compuesto de: diez cuentas de marfil; dos de cobre (en espiral); y ocho que afectan la forma de tubitos acanalados, hechas de una pasta vítrea de color azulado, verdoso ó verde, con algunas partes casi del todo blancas.

Pedazos de una estrecha tira de plata, que son restos de una diadema encontrada bajo el cráneo de la mujer.

Fragmentos de madera, algunos de los cuales provienen probablemente del mango de un punzón desaparecido.

Una copa de tierra cocida del tipo larguirucho que conocemos; en el interior de esta copa había una pequeña vasija y á su lado yacía un anillo de metal, compuesto de dos trozos de una delgada chapa, prendidos el uno al otro con un broche; en el cuello mismo de la copa y á una altura igual á la en que se encontraba el anillo, vense algunas manchas verdes de carbonato de cobre. Podemos, pues, estar seguros de que este objeto rodeaba dicho cuello, á la manera que lo hemos figurado en la lámina 68.

Otras dos copas, de cuello aún más largo: una de ellas contenía una taza.

Dos vasijas del tipo 4 (ollas).

Todos estos objetos están reproducidos en la lámina 68.

Sepultura número 10.— La caja de esta tumba ofrecía algunas particularidades dignas de atención.

Las dos losas longitudinales que constituyen las paredes exceden en longitud á las delanteras, de cincuenta centímetros la una y de noventa la otra; esta última tenía una longitud de dos metros cuarenta centímetros.

A consecuencia de esta disposición, se ve que se había practicado delante de la cámara sepulcral un pequeño recinto, en el que se había depositado una gran vasija de tierra cocida, del tipo 6 del Argar, y otra, muy pequeña, del tipo 5.

Sepultura número 11.— Era una urna, colocada próximamente á un metro por encima de la precedente. En el Argar este hecho se repite diferentes veces; y en una de ellas particularmente hasta tres sepulturas se encontraban una encima de otra, á la distancia de cincuenta centímetros.

Sepulturas números 12 y 13.— Merecen especial mención.

La primera era una urna tapada con una losa; su mobiliario indicaba que era una tumba de mujer. Componíase éste de:

Un pequeño brazalete de una aleación de cobre y plata, un punzón y un puñal de metal; este último conservaba residuos de algunas fibras leñosas entre los pasadores (V. lám. 65, fig. 12).

Un pendiente de oreja de plata.

Una gran vasija rota de tierra cocida; al volver á juntar sus pedazos, nos apercibimos de que á una y otra parte de las fracturas se habían practicado agujeros para remendarlas.

Otra obra de alfar, muy singular por cierto: es una especie de calabacita (V. lám. 65, fig. 12), muy toscamente ejecutada y provista de dos asas, una de ellas rota; en la pasta de la otra se nota la impresión de un pedazo de madera ó de una cuerda.

Al lado de esta urna se había colocado otra de pequeñas dimensiones, puesta de pie y cubierta con una piedra plana, conteniendo los restos de un niño que habría pertenecido probablemente á la mujer de la urna precedente. Obedeciendo á un tierno sentimiento, estos dos seres habrían sido reunidos en el lugar de su último reposo, como lo habían estado durante su existencia.

Sepultura número 14.— Señalamos de un modo especial esta sepultura, porque nos ha proporcionado una especie de broche de plata, constituido por una chapa provista de dos clavijas, como se ve en la lámina 65 (Fig. 14).

Sepultura número 18.— Era una caja hecha con losas, de ochenta y cuatro centímetros de largo por cincuenta y cuatro de ancho y cincuenta y cuatro de alto; estaba llena de tierra y las osamentas se hallaban en ella completamente desmenuzadas. Contenía un arma del tipo que hemos calificado de alabarda en el Argar. Seis gruesos pasadores de plata la fijaban al puño de madera, del cual quedan todavía algunos vestigios.

Estaba colocada de pie, junto á la pared de la caja, teniendo la punta introducida en el intersticio que existe entre la losa horizontal del suelo y la que forma la pared vertical. La posición de esta arma no puede explicarse por mera casualidad, sino que es evidentemente buscada; y se comprende fácilmente, si se piensa en la manera de servirse de ella y en la postura recostada del muerto.

Entre la tierra que había invadido esta sepultura, encontrábanse además:

Un puñal de metal, muy deteriorado; un pequeño pendiente de oreja, de oro, y una taza de fondo plano, de tierra cocida, cuya tosca factura contrasta con la riqueza de los objetos que acabamos de citar. Estas diversas piezas están representadas en la lámina 66 (Fig. 18).

Es probable que la osamenta perteneciera á un individuo del sexo masculino, como lo prueba el hacha depositada al lado del difunto.

Sepultura número 1.— Por las dimensiones extraordinarias que se le dieron, es seguramente la más notable.

El dibujo que de ella damos (V. lám. 66) muestra la manera como estaba dispuesta. Empezóse por abrir una zanja, de una altura de un metro, en la pizarra bastante blanda que constituye el terreno subyacente, sin que en el fondo de la excavación se colocara losa ninguna. En seguida se procedió al arreglo de la caja, que mide interiormente dos metros veinticinco centímetros de largo, un metro veinte centímetros de ancho y un metro veinticinco centímetros de alto. Uno de los lados más pequeños lo forma una losa de pudinga, de una sola pieza, de diez á quince centímetros de espesor. Las otras paredes están formadas cada una con dos losas de la misma clase; siendo de notar que, en uno de los lados más largos, los dos pedazos no se juntaban del todo bien, dejando en la parte inferior un hueco, que se había tapado con piedras.

Al mismo artificio se acudió para levantar algunos centímetros el borde superior de la misma pared, que quedaba un poco por debajo de las otras tres. Alrededor de la tumba se percibían los vestigios de un recinto murallado hecho de piedra y barro pizarreño.

La tapa del cisto se había caído en su interior, el cual por esta causa se había llenado de tierra.

No hemos podido recoger del esqueleto más que un pedazo de la mandíbula inferior.

El ajuar funerario se componía de los objetos siguientes (V. lám. 66):

Una gran vasija de tierra cocida del tipo número 6 del Argar.

Otra, de pequeñas dimensiones, del tipo 5.

Una gran hacha de armas ó alabarda de cobre, provista de un fuerte nervio central y de cuatro pasadores.

Un gran puñal de bronce, con siete pasadores pequeños; esta arma está formada por una ancha hoja plana, que lleva grabadas en hueco

cuatro líneas convergentes. La punta está rota. Recuerda el gran puñal de Lugarico Viejo.

Dos especies de clavos de metal, que llevan adheridos restos de fibras de madera perpendiculares á su longitud: podrían haber servido para la confección de una vaina ú otro accesorio.

Por último, un brazalete de oro macizo, de un peso de ciento catorce gramos.

Esta hermosa alhaja está formada por un hilo de oro de cinco y medio á seis milímetros de diámetro, cuyas dos extremidades se tocan. El diámetro del círculo interior varía de setenta á setenta y seis milímetros; es, pues, probable que este aderezo no fuera hecho para llevarse en la muñeca, sino más bien en una parte del brazo en que quedara fijo, tal vez por encima del codo. ¹

No es fácil darse cuenta exacta de la superficie que abarcaba el caserío de Fuente Álamo. En efecto, las ruinas se han dispersado sobre gran parte de las vertientes del cerro. Si se consideraba, pues, como emplazamiento de la estación toda la superficie ocupada por las piedras derrumbadas, se llegaría á una cifra excesivamente elevada. No obstante, esta superficie debía ser de una hectárea y media próximamente, como la de la meseta del Argar.

Comparemos brevemente Fuente Álamo con el Argar. Parece que hay más cantidad de piedras provenientes de antiguas construcciones en la primera estación, pero esto se explica porque no se halla, como la segunda, en la proximidad de un paraje en que se las haya podido utilizar para los edificios modernos.

El número de sepulturas excavadas en la primera es considerablemente más pequeño que en la segunda; pero hemos trabajado en el Argar mucho más tiempo; por otra parte, la naturaleza del terreno hacía más fáciles las excavaciones; y en fin, á causa de la superficie inclinada de la

¹ Existe en el Museo de Madrid un anillo de oro de forma semejante al de Fuente Álamo, solamente que es algo más pequeño, siendo su diámetro interior de cincuenta y nueve á sesenta y un milímetros. A este anillo se hallan engarzadas once espirales formadas de hilos de oro, de diversas magnitudes, y unas con otras entrelazadas. Este magnífico objeto fué comprado á un buhonero, creyéndose que proviene de Menjíbar (provincia de Jaén). Pero la falta de datos precisos sobre su origen le quita gran parte de su valor.

colina, han sido destruidos en Fuente Álamo mayor número de sepulturas, tanto por los elementos naturales como por los buscadores de tesoros.

Desde el punto de vista de la calidad, Fuente Álamo se ha mostrado más rico. Bueno es hacer observar, sin embargo, que desde un principio nuestra atención se fijó sobre todo en los puntos de la montaña que nos parecieron privilegiados, y particularmente en la cima, mientras que en el Argar las zanjas de exploración fueron practicadas sin que ningún indicio nos sirviese de guía, hallándose, como se halla, el suelo casi horizontal.

Es notable la rareza de los *celts* planos en Fuente Álamo.

No encontramos más que un fragmento de ellos. Sabemos, por otro lado, que la alabarda reemplaza con frecuencia al *celt* ordinario, pareciendo indicar mayor riqueza, y acaso hasta cierta distinción social de orden superior: las alabardas se encuentran, en efecto, por lo común, en las sepulturas más ricas conteniendo vasijas del tipo 6, que rara vez se presentan en otra parte.

Las mismas consideraciones que emitimos precedentemente con motivo de las sepulturas dobles del Argar, encuentran también aquí su lugar oportuno. La tumba número 9, que describimos más arriba, es ciertamente la más notable de esta especie. No se puede negar que sea posible introducir dos cadáveres en un espacio tan limitado, pero sería muy chocante que se hubiese manifestado tal parsimonia en la inhumación de dos personas de distinción enterradas al mismo tiempo, cuando para el sepelio de otras, colocadas cada una en una tumba, no se había escatimado el sitio. Esta observación nos conduciría á suponer que la tumba número 9 no había servido al principio más que para guardar un solo muerto, y que el otro había sido introducido en ella algún tiempo después.

El hombre allí enterrado era, sin duda, un jefe, porque junto á él se encontraba una de las espadas más raras que en nuestros trabajos se han descubierto. La mujer llevaba una diadema y otras preciosas alhajas, que indican de sobra el rango que ocupaba. ¿Será debido á un caso fortuito el que hayan sido colocados juntos ambos cuerpos en el sepulcro, bajo un pie de igualdad?

Creemos más bien que, con piadoso designio, han sido reunidos en el último sueño dos seres que debían estarlo ya en vida. Deducir de aquí la monogamia sería ir demasiado lejos, pero hagamos notar, cuando

menos, el respeto á la mujer, que en este pueblo se revela. No es éste uno de los menores indicios de una civilización adelantada.

Como acabamos de ver, las obras de alfar, las alhajas, las armas, los utensilios, todo esto es idéntico á lo del Argar.

Vemos aparecer el vidrio, pero el origen de su descubrimiento podría encontrarse en el tratamiento de los minerales de cobre, que ha debido producir necesariamente escorias más ó menos transparentes y teñidas de diversos colores. El Argar nos ha facilitado algunas porciones desfiguradas de cuentas de collar, que creemos son también de vidrio.

Las costumbres no difieren en nada.

Los dos caseríos pertenecen con seguridad al mismo período.

Terminamos aquí la monografía de nuestras estaciones.

Estudiaremos, en lo que va á seguir, algunas cuestiones especiales, y sacaremos de su examen unas cuantas deducciones que nos han parecido importantes, en el estado actual de la prehistoria española.

LIBRO SEGUNDO

PRIMERA PARTE

METALURGIA

CAPÍTULO I

EL COBRE Y EL BRONCE.

LA estación en que mejor hemos podido estudiar la infancia de los procedimientos metalúrgicos es, sin contradicción, Parazuelos. Hicimos ya notar en ella el predominio y la perfecta labra de la piedra, así como la rareza y la forma primitiva de los objetos de metal.

Al lado de la tumba número 1 (V. lám. 6, plano II), encontrábase un montón de mineral de unos diez kilos: consistía este mineral en carbonato de cobre azul y verde, acompañado de algo de sulfuro de cobre y óxidos de hierro; dispersos por toda la colina aparecían pedazos de este mismo mineral. Con todo el cuidado que puede desearse escogimos una muestra para ensayo, sacada exclusivamente del montón en cuestión.

Sobre toda la superficie excavada yacían esparcidos numerosos pedazos de escorias cobrizas; de ellas se ha tomado también una muestra para ensayo, elegida con las debidas precauciones de entre los diez kilos que próximamente se recogieron, en la colina Oeste exclusivamente, que es la misma en que se encontraba aquel montón de mineral.

Podría suponerse *á priori* que las escorias provenían del tratamiento del mineral encontrado, viéndose, como se ve en ellas, á simple vista, gran cantidad de granalla de cobre metálico y fragmentos de mineral casi intactos.

Ya indicamos que el mineral proviene probablemente de pequeños filones del Lomo de Bas, á pocos minutos de la estación.

He aquí los resultados de las análisis practicadas con los ejemplares elegidos, al lado de las cuales consignamos otras tres que se refieren á productos análogos encontrados en Campos, caserío de la misma época, como es sabido. ¹

TABLA I

ANÁLISIS DE MINERALES Y ESCORIAS DE LA EDAD DE TRANSICIÓN

	1 MINERAL DE PARAZUELOS — Muestra de ensayo sobre 10 kilos	2 ESCORIA DE PARAZUELOS — Muestra de ensayo sobre 10 kilos	3 ESCORIA DE PARAZUELOS — Fragmento aislado	4 MINERAL DE CAMPOS (casa c) — Fragmento aislado	5 MINERAL DE CAMPOS (casa f) — Muestra de ensayo sobre 400 gramos	6 ESCORIA DE CAMPOS (casa f) — Fragmento adherido á un tiesto
Óxido de cobre (CuO)	25,93	15,92	16,02	50,48	55,58	30,56
» de estaño (SnO)	0,10	0,06	0,15	0,00	0,29	0,28
» de plomo (PbO)	0,60	1,84		indicios	indicios	indicios
Ácido arsenioso (As ₂ O ₃)	1,96	0,26				
» antimonioso (Sb ₂ O ₃)	0,62	0,30				
Oro (Au)	indicios					
Plata (Ag)	»	indicios				
Azufre (S)	»	0,64				
Cal (CaO)	1,67	4,06				
Magnesia (MgO)	0,28	0,54				
Ácido carbónico (CO ₂)	8,00	0,00				
Silice (SiO ₂)	14,84	19,71				
Óxido de hierro (Fe ₂ O ₃)	39,56	56,73				
» de níquel (NiO)	0,40	0,61				
Óxidos de manganeso, alú- mina, etc.	6,14	0,34				
	100,00	100,30				
Á deducir por azufre		0,30				
		100,00				
Lo que corresponde á:						
Cobre metálico	20,72	12,24	12,60	40,36	44,44	24,42
Estaño id.	0,08	0,05	0,13	0,00	0,25	0,25
AUTOR DE LA ANÁLISIS	C	C	P	C	C	C

¹ La mayor parte de nuestras análisis han sido hechas, lo repetimos, por M. Paul Claes, director en la actualidad del Laboratorio agrícola del E-tado, en Lovaina. En todo este capítulo se demuestra el servicio tan importante que nos ha dispensado este sabio, á quien reiteramos la expresión de nuestra gratitud. Otras análisis son debidas á las expertas manos de M. Fr. Dewalque, profesor de química industrial en la Universidad de Lovaina, al cual damos aquí las gracias por su trabajo, cumpliendo además igual deber respecto de M. V. André, ayudante del Laboratorio de química analítica en la misma Universidad. Algunos ensayos, en fin, han sido hechos por M. F. Moldenhauer, químico de Garrucha, y por M. J. Pattinson, químico de Newcastle-on-Tyne. También nosotros hemos hecho, por nuestra parte, algunas averiguaciones sobre la composición cualitativa de estos objetos.—En las tablas que vamos á estampar señalaremos con la letra C las análisis de M. Claes, con la D las de M. Dewalque, con la A las de M. André, con la M las de M. Moldenhauer, y con la S las nuestras.

CONCLUSIONES:

1.^a La composición del mineral y la de la escoria prueban que la segunda proviene del tratamiento del primero; el aumento de su contenido en plomo y azufre proviene de algún fragmento que contendría algún grano de galena, mineral muy abundante en los alrededores. La proporción de materias volátiles disminuye en dicha escoria; la de los cuerpos fijos aumenta.

2.^a La cantidad de metal extraída es pequeña; en efecto, el mineral de Parazuelos contiene 20,80 % de metal, cobre y estaño reunidos; la escoria retiene 12,29 % todavía. Si se admite que en la fusión haya perdido el mineral, además del cobre y el estaño, 10 % de su peso por volatilización de ciertas substancias, el cálculo demuestra que la proporción de metal extraído es de un 52 % del metal contenido en el propio mineral.

Se ve por esto cuán primitivo é imperfecto era este procedimiento.

3.^a El mineral de Parazuelos contiene 20,72 % de cobre, 0,08 de estaño.

La escoria de » » 12,24 % » 0,05 »

Si, en ambos casos, se aíslan estos dos metales, se ve que forman una aleación, conteniendo en el primer caso 0,38 % de estaño y 0,41 % en el segundo; síguese de aquí que las proporciones de los dos metales apenas varían, y que el cobre mismo, resultado de la reducción, contendrá también unos 0,40 % de estaño.

Nos explicamos, pues, por la misma composición del mineral todos los indicios ó pequeñísimas cantidades de estaño que nos darán muchas análisis; este metal se encuentra allí en tal caso accidentalmente; el arqueólogo no tiene por qué preocuparse de él.

Esta observación se extiende igualmente al mineral de Campos (análisis número 5), que daría un metal con 0,5 % de estaño. La aleación de la escoria de la misma procedencia contiene hasta 1,02 % de estaño.

4.^a De la misma manera, es decir, por impurezas naturales del mineral, debe explicarse la presencia de pequeñas cantidades de plomo; ninguno de los minerales analizados, en efecto, se halla exento de él, y alguna vez contienen cantidades apreciables del mismo.

5.^a Hemos recogido de diez á veinte kilos de escorias en la pequeña

colina; si suponemos que se nos hayan pasado inadvertidas una decena de kilos, podremos admitir que la cantidad total para el caserío es de veinticinco kilos, lo que corresponde á tres kilos de cobre fundido; pero el peso del metal encontrado en las excavaciones no llega más que á ciento trece gramos.

¿Cómo, de quién han aprendido esos hombres á conocer el metal? Adviértase que pasan de la piedra al cobre extraído de una piedra, sin el intermedio del cobre nativo.

Las tablas siguientes nos darán sobre este punto preciosas indicaciones.

Los objetos designados como de cobre puro contienen de ordinario pequeñísimos indicios de estaño; acabamos de decir que esto tiene poca importancia. El signo + indica la presencia de estaño en cantidad demasiado notable para explicarla por el mineral solo: la columna sexta lleva además simplemente la palabra bronce, no habiéndose determinado cuantitativamente el estaño.

TABLA II

ANÁLISIS DE OBJETOS DE METAL DE LA EDAD DE TRANSICIÓN

N.º	PROCEDENCIA	DESIGNACIÓN DEL OBJETO	COBRE EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL BRONCE	PUNTO EN QUE EL OBJETO SE ENCUENTRA DIBUJADO	AUTÓNOMOS DE LA ANÁLISIS
7	Parazuelos	cuchillo	—	0	0	lám. 7, fig. k	S
8		punzón	68,95	0	0	lám. 7, fig. g (long.: 197 m/m)	M
9		punzón (el mismo)	—	peq. ind.	indicios	" " "	A
10		punzón	—	0	0	lám. 7, fig. g (long.: 74 m/m)	C
11	Montajú	cobre fundido	—	0	0	lám. 7, fig. m	C
12	Campos (casa f)	celt plano	—	0	0	pág. 93	C
13		celt plano	—	0,85	0,85	lám. 11	C
14		punzón	—	indicios	indicios	lám. 11 (el más largo)	S
15		punzón	—	0	0	lám. 11 (el más corto)	S
16	Campos (casa c)	celt plano	—	0	0	lám. 10, fig. 5	S
17	" "	punzón	—	0	0	lám. 10, fig. 12	S
18	" "	punzón	—	0	0	lám. 10, fig. 14	S
19	" "	brazalete oval	—	7,53	7,53	lám. 10, fig. 27	C
20	" (sepult. viol.)	fragmento de brazalete	87,09	12,29	12,45	lám. 10, fig. 22	C
21	" "	fragmento de brazalete	84,67	5,00	5,58	lám. 10, entre 19 y 22	C
22	" "	fragmento de brazalete	71,79	13,15	15,48	lám. 10, á izq. de la fig. 20	C
23	" "	fragmento de brazalete	—	+	(bronce)	lám. 10, fig. 23	S
24	" "	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 10, fig. 18	S
25	" "	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 10, fig. 26	S
26	Qurénima	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 12, 3 (el mayor)	S
27	"	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 12, 3 (á izq. de la tapa)	S
28	"	anillo cerrado	—	+	(bronce)	lám. 12, 3	S
29	"	perla anular	—	+	(bronce)	lám. 12, 3	S
30	Caldero de Mojácar	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 12, 1 (el mayor)	S
31	"	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 12, 1 (el menor)	S
32	"	perla anular	—	+	(bronce)	lám. 12, 1	S
33	"	perla en espiral	—	+	(bronce)	lám. 12, 1	S
34	"	metal fundido	—	+	(bronce)	lám. 12, 1	S
34	Barranco hondo	brazalete	—	+	(bronce)	lám. 12, 2	S

CONCLUSIONES:

Respecto á los objetos en que no se ha señalado la presencia del estaño, ó que lo contienen en pequeñas cantidades, nada tenemos que agregar á lo expuesto.

Pero el resultado de las análisis de los brazaletes es de la más alta importancia; es, en efecto, verdadero bronce, rico en estaño, lo que esta vez se nos presenta; y no es posible dudar de que el último haya sido añadido intencionalmente al cobre.

¿De dónde procede?

¿Quién ha fundido esta aleación? ¿Nuestros inexpertos metalurgistas indígenas? Creemos que todo el mundo responderá sin vacilar que no: la forma, la factura, la materia de estas alhajas revelan una mano experimentada; y por otra parte, no se encuentra estaño en nuestra región. ¹

Este bronce es extranjero. Al comercio ó á cualesquiera otras relaciones con un pueblo más adelantado débese su importación.

Yendo un poco más lejos, puede creerse que ese pueblo extranjero es el que ha introducido en nuestras costas el primer conocimiento de los metales: él será, sin duda, quien habrá dado á sus habitantes esas alhajas de bronce con brillo dorado y les habrá enseñado al mismo tiempo á extraer el cobre de los minerales del país. Los indígenas, no encontrando en la comarca sino compuestos de cobre, no hicieron más que fundirlos, sin producir su aleación con el estaño, acusándonos sus primeros pasos en la metalurgia una inexperiencia bien natural.

Examinemos ahora los resultados de algunas análisis hechas de piezas procedentes de nuestras estaciones más adelantadas.

Advertencias: Los números que, en la segunda columna, van á continuación de los nombres de las estaciones, se refieren á los de las sepulturas.

La letra *v* (vago, indeterminado) quiere decir: encontrado fuera de las sepulturas.

Los ejemplares designados como desprovistos de estaño contienen con frecuencia señales del mismo, insignificantes por lo común, siendo además inútil determinarlas, porque son accidentales.

El signo + indica, como en la tabla precedente, la presencia del estaño en cantidades apreciables, y probablemente añadidas siempre deliberadamente; á este signo corresponde la palabra bronce en la sexta columna.

Pb es la abreviatura de plomo; *Ag* la de plata.

¹ Por lo menos, ningún yacimiento de él se conoce hoy día. M. Moldenhauer, que de largos años viene haciendo un considerable número de análisis de rocas y minerales de todas clases, nos asegura que jamás ha encontrado un solo fragmento que contuviera estaño en tan mínimas proporciones. Nosotros mismos hemos recorrido el país en todas direcciones, visitado casi todos los yacimientos metalíferos y analizado gran número de minerales, sin que nunca hayamos encontrado estaño.

TABLA III
ANÁLISIS DE OBJETOS DE LA EDAD DEL METAL

N.º	PROCEDENCIA	DESIGNACIÓN DEL OBJETO	COBRE EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL BRONCE	PARTICULARIDADES	PUNTO EN QUE EL OBJETO SE ENCUENTRA DIBUJADO	AUTOR DE LA ANÁLISIS
35	Fuente Vermeja v	cincel pequeño	—	0	0		lám. 14, d	S
36	"	1 cuchillo	—	0	0		lám. 14, l	S
37	Logarico Viejo	3 cuchillo	—	0	0		lám. 16, 8	S
38	"	9 puñal grande	—	indicios	indicios		lám. 16, 9	S
39	"	10 celt plano	—	indicios	indicios		lám. 16, 10	S
40	"	v cincel	—	0	0		lám. 16, 26	C
41	"	v cincel	—	0	0		lám. 16, 30	S
42	"	v fragmento de punzón	—	0	0		—	C
43	"	v punta	—	0	0		lám. 16, 32	S
44	Ifre	v fragmento de cuchillo	—	+	(bronce)		lám. 18, G	S
45	"	2 celt pequeño	—	0	0		lám. 18, 2	S
46	"	v punta	—	+	(bronce)		lám. 18, F	S
47	"	v brazalete	—	+	(bronce)		lám. 18, C	S
48	"	3 pendiente de oreja	—	+	(bronce)		lám. 18, 3	S
"	"	" el mismo	57,50	0,78	1,34		"	C
49	"	3 fragm. de pendientes	57,50	1,07	1,83		"	P
"	"	" los mismos	57,50	0,36 ?	0,62 ?		"	M
50	Zapata	v cuchillo	—	0	0	metal de color claro	lám. 20, fig. 39	C
51	"	v cincel	—	0	0		lám. 20, fig. 47	C
52	"	v pasador	73,96	0	0		lám. 20, fig. 40	M
53	Cueva del Agua	v celt plano	90,91	8,26	8,27	0,68 Pb; indic. de hierro	pág. 93	C
54	Gatas	v celt plano	—	0	0		—	C
55	"	v pasador fuera de uso	—	0	0		—	C
56	"	v metal fundido	—	0	0		—	C
57	Argar	573 puñal con pasad. de Ag	75,80	10,00	11,65		lám. 33	C
58	"	554 " "	50,34	7,81	13,48	centro de la hoja	lám. 30	C
59	"	" el mismo	62,83	6,54	9,43	superficie de la hoja	"	C
60	"	813 puñal con pasad. de Ag	—	+	(bronce)		—	S
61	"	430 cuchillo—puñal	56,31	4,60	7,55		lám. 38	C
62	"	401 "	53,70	5,35	9,06		lám. 48	M
63	"	v "	—	0	0		lám. 26, fig. 23	C
64	"	v "	—	0	0		lám. 26, fig. 24	C
65	"	v "	—	0	0		lám. 26, fig. 25	C
66	"	630 "	—	0	0		lám. 31	C
67	"	v "	70,22	indicios	indicios		lám. 26, fig. 14	M
68	"	v "	—	0	0		lám. 26, fig. 12	C
69	"	429 espada	75,22	6,43	7,88	mucho hierro	lám. 34	C
70	"	551 hoja ancha y larga	—	0	0		lám. 34	S
71	"	v celt plano	96,10	0	0		lám. 26, fig. 10	M
72	"	v "	—	0	0		lám. 26, fig. 2	A
73	"	666 "	—	0	0		lám. 31	C
74	"	38 " de bordes repul- gados	—	0	0		lám. 29	S
75	"	108 punzón	70,64	0	0		lám. 37	M
76	"	v pasad. del cuchillo n.º 63	—	0	0		lám. 26, fig. 28	C
77	"	v pasad. del cuchillo n.º 67	68,97	indicios	indicios		lám. 26, fig. 14	M
78	"	v cincel	—	indicios	indicios		lám. 26, fig. 73	A
79	"	v punta de flecha	74,40	0	0		lám. 26, fig. 46	M
80	"	v "	—	indicios	indicios		lám. 26, fig. 38	A

N.º	PROCEDENCIA	DESIGNACIÓN DEL OBJETO	COBRE EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL OBJETO	ESTAÑO EN EL BRONCE	PARTICULARIDADES	PUNTO EN QUE EL OBJETO SE ENCUENTRA DIBUJADO	AUTOR DE LA ANÁLISIS
81	Argar	738 brazaleto	—	0	0		lám. 50	C
82	>	506 >	—	0	0		lám. 54	C
83	>	v. >	—	0	0		lám. 25, fig. 5	C
84	>	v. >	72,46	9,76	11,87		lám. 25, fig. 4	C
85	>	640 >	62,56	3,97	5,97		lám. 54	C
86	>	55 pendiente de oreja	66,46	0	0		lám. 50	M
87	>	v. >	—	0	0		lám. 25, fig. 3	C
88	>	muestra de ensayo de unos 80 objetos: 46 brazalotes, pendientes y sortijas—24 cuchillos—6 celtis—2 pasadores—2 punzones	60,15	2,20	3,53	indicios de plomo	—	C
89	>	v. metal adherido al fondo de un crisol	50,89	5,05	8,88	0,92 Pb, ó sea 1,62 % en el bronce	lám. 27, fig. 8	C
90	>	v. pequeño lingote de metal	29,87	36,21	—	20,84 de plomo	lám. 27, fig. 17	C
91	Oficio	184 cuchillo-puñal	—	+	(bronce)		—	S
92	>	161 > >	—	+	(bronce)		—	S
93	>	196 > >	—	0	0		—	S
94	>	171 > >	—	0	0	costra exterior	—	S
95	>	> > >	—	+	(bronce)	interior del precedente	—	S
96	>	145 > >	—	0	0		—	S
97	>	v. > >	—	0	0	indicios de hierro	—	D
98	>	9 > con pasad. de Ag	—	+	(bronce)		lám. 63	S
99	>	5 > > >	—	+	(bronce)		lám. 63	S
100	>	200 > > >	—	+	(bronce)		lám. 63	S
101	>	63 alabarda	—	poco	poco		lám. 63	S
102	>	> pasadores de la precedente alabarda	—	poco	poco		lám. 63	S
103	>	77 brazaleto	—	+	(bronce)		lám. 63	S
104	>	97 >	—	+	(bronce)		—	S
105	>	127 >	—	+	(bronce)		—	S
106	>	200 >	—	+	(bronce)		lám. 63	S
107	>	127 pendiente de oreja	—	0	0		—	S
108	Fuente Álamo	1 puñal grande	—	+	(bronce)		lám. 65	D
109	>	26 cuchillo-puñal	—	0	0	indicios de hierro	lám. 65	D
110	>	10 > (el más largo)	—	+	(bronce)		lám. 65	D
111	>	9 > (el más grande)	—	+	(bronce)		lám. 68	D
112	>	9 > (el más pequeño)	—	0	0		lám. 68	D
113	>	9 espada	—	+	(bronce)		lám. 68	S
114	>	1 alabarda	—	indicios	indicios		lám. 66	D S
115	>	9 brazaleto	—	+	(bronce)		lám. 68	D S

CONCLUSIONES:

El estaño es aún raro; este solo hecho, á falta de otros, haría suponer que procede de un punto lejano.

Examinando, con ayuda de la tabla anterior, la proporción relativa

entre los objetos de cobre puro y los de bronce, encontramos cuarenta y siete de los primeros y treinta de los últimos, lo que da para los de bronce una proporción de 38 á 39 %.

La ley media en estaño de todos los bronce analizados es de 9,17 %. Si esta ley se admite para los bronce que entran en la composición del ensayo número 88, el cálculo demuestra que esta muestra de ensayo contiene de 38 á 39 % de objetos de bronce, siendo los demás de cobre.

A pesar de su concordancia, estas dos cifras son algo elevadas; la tabla III contiene, en efecto, una proporción demasiado grande de objetos ricos, tales como los puñales con pasadores de plata; y en la análisis 88 hay que tener en cuenta además una pequeña cantidad de estaño, meramente accidental. Creemos aproximarnos mucho á la verdad admitiendo que haya, en cifras redondas, una tercera parte de objetos de bronce y las otras dos de cobre. Poseemos, por consiguiente, unas mil cuatrocientas piezas de cobre y más de seiscientas de bronce.

El lingote de metal (análisis 90), que contiene estaño, cobre y plomo, puede ser un producto accidental, una aleación hecha expresamente, ó bien estaño impuro.

Por la análisis 48 vemos que las aleaciones que no contienen más de 1 á 2 % pasan por bronce en los ensayos cualitativos; y por las de números 58, 59, 94 y 95 venimos en conocimiento de que las proporciones de estaño disminuyen en la superficie de los objetos, á causa probablemente de su desigual deterioración.

El ensayo número 89 prueba que se fundía ya el bronce en la misma localidad.

Vimos antes cómo nuestros pueblos recibían en la época neolítica objetos de bronce del todo acabados, por consecuencia de sus relaciones con el exterior, y cómo trataban de producir ellos mismos un metal semejante, bien que muy inferior bajo muchos aspectos; ahora los vemos trabajando por sí mismos el bronce y recibiendo probablemente el estaño en especie para alearlo con el cobre, mientras seguían fabricando aún la mayor parte de sus objetos de metal con el cobre puro.

Sabemos, pues, que los numerosos objetos de cobre puro de nuestra región no pertenecen á ningún período especial, anterior al conocimiento del bronce.

El primer metal conocido ha sido el bronce importado; y si después de esta importación, han continuado fabricándose tantos objetos de cobre, es sencillamente porque el estaño era raro.

La cuestión de la existencia de una edad de cobre ha sido muy discutida en estos últimos tiempos, y no pocos sabios, seducidos por lo natural que parece la sucesión del cobre á la piedra en la marcha progresiva de la civilización y por el hallazgo de un cierto número de objetos de cobre puro, se han visto inducidos á creer en la existencia de ese período.

Pero ¿en qué se basan para establecerlo?

En algunos pocos objetos encontrados por do quiera, aisladamente, ó con bien poca frecuencia para que pueda tenerse seguridad absoluta en su edad.

En España, por lo menos, no son tales objetos muy numerosos. Poseemos más de mil armas, útiles y piezas de adorno de cobre, número muy superior al de los hallazgos de igual clase que sirven de argumento á la hipótesis de una edad de cobre.

¿Se ha presentado hasta el presente el cuadro completo de una civilización particular, en la que se demostrara, por importantes series de objetos, que el bronce era desconocido?

No lo creemos.

Para que se vea hasta qué extremo debe llevarse la prudencia, citaremos el ejemplo de Lugarico Viejo: poseemos de este caserío varios objetos analizados, que todos son de cobre, pareciendo, por su aspecto, que lo son también los demás; y sin embargo, la estación á que nos referimos es más reciente que la de Campos, donde el bronce se halla en abundancia.

Si nuestros trabajos hubiesen alcanzado menor importancia, muy bien hubiera podido suceder que no encontrásemos sino raros objetos de bronce y que la presencia de éste pasara inadvertida para nosotros. Con aparente autoridad hubiéramos podido entonces formular conclusiones que serían radicalmente falsas.

Téngase entendido que en todo lo que precede designamos siempre por *Edad del cobre* un período en que este metal debiera haber sido empleado, con ó sin la piedra, pero con exclusión absoluta del bronce. Si se diera este nombre á una época durante la cual, como en el Argar, los dos metales se hubiesen usado simultáneamente, aunque fuera con cierto predominio por

parte del cobre, el nombre de edad del cobre perdería el valor que generalmente se le atribuye y sólo conduciría á introducir confusión.

Permitásenos transcribir aquí las juiciosas palabras estampadas por M. John Evans, el sabio arqueólogo inglés, en la introducción á su *Edad del bronce*:

«Necesariamente ha debido haber en cada región una época durante la cual la nueva fase de la civilización empezaba á apuntar, sin que por esto hubiese desaparecido del todo el antiguo estado de cosas; así, como ya en otra parte hice notar, las tres fases de la civilización representadas por la edad de la piedra, la del bronce y la del hierro se mezclan y confunden unas con otras como los principales colores del arco iris mas por lo que toca á la Gran Bretaña y á la Europa central la sucesión de estas tres edades parece tan bien definida como la de los colores del espectro solar.

«Al hablar en estos términos de una edad del bronce, no entiendo excluir de ninguna manera la posibilidad del empleo del cobre puro.

«Hay lugar á creer todavía que en algunas comarcas se empleó largo tiempo el cobre al estado nativo antes de venir en conocimiento de que la adición de una pequeña cantidad de estaño, no solamente hacía al cobre más fusible, sino que aumentaba su elasticidad y su dureza, haciéndolo, por consiguiente, más á propósito para la fabricación de instrumentos y de armas.

«Aun después de conocida la superioridad de la aleación sobre el metal puro, la rareza del estaño en ciertos países pudo obligar á los hombres á mezclar este metal con el cobre en tan mínima proporción que la aleación que resultó de semejante mezcla puede apenas considerarse como bronce; en otras ocasiones, la misma rareza del estaño ha podido exigir el empleo del cobre puro, sea al estado nativo, sea extraído del mineral.

«Hay en Europa, no obstante, escasos vestigios de esa edad del cobre, si por acaso puede decirse que tal edad existe».

Por nuestra parte no podemos hacer más que adherirnos á este parecer, que expresa perfectamente la verdadera razón por la cual el cobre se ha empleado solo con tanta frecuencia: la rareza del estaño.

CAPÍTULO II

LA PLATA Y EL PLOMO.

SE admite generalmente que la plata no era conocida en los tiempos prehistóricos, alegando para ello una razón muy sencilla, cual es que para llegar á poseer este metal era preciso extraerlo de los minerales de plomo, y pasar, por consiguiente, primero por la obtención de éste, para desplatarlo después.

Nosotros añadiremos otra. La mayor parte de los minerales de plomo argentífero contienen cantidades de plata tan pequeñas que su presencia no puede ser conocida á simple vista; las galenas más ricas contienen á lo más un 1 % de plata. Sería absurdo admitir que los prehistóricos, no conociendo por otras vías el precioso metal, lo habían descubierto en las galenas argentíferas.

Los hechos hasta ahora confirman este modo de raciocinar: sólo por excepción se encuentran el plomo y la plata prehistóricos, y en las contadas ocasiones en que este último metal se ha encontrado, nadie se explica su origen en ausencia de su compañero, ó bien se concluye de ahí la poca antigüedad del descubrimiento.

Dice M. J. Evans, en la introducción á su *Edad del bronce* (pág. 2): «El descubrimiento más importante de instrumentos de cobre hecho hasta aquí en el antiguo mundo es el que tuvo lugar en Gungeria, India central.

Compónese de *celts* planos, de la especie que se considera como el tipo más primitivo; pero, al mismo tiempo que estos *celts*, se han encontrado también adornos de plata, circunstancia que parece indicar que aquellos objetos no correspondían á una antigüedad muy remota, exigiendo la producción de la plata habilidad metalúrgica no escasa, y probablemente hasta el conocimiento del plomo y de otros metales».

Diremos de pasada que es curioso relacionar este descubrimiento con los nuestros.

Lehon, en su *Hombre fósil* (pág. 245), hace notar que el descubrimiento de la plata se deriva, según toda verosimilitud, del uso del plomo, siendo con frecuencia argentíferos los minerales de esta clase; pero el plomo apenas ha sido conocido en Occidente hasta la edad del hierro. Y más lejos dice (pág. 322):

«La plata no fué bien conocida en Occidente hasta la edad del hierro; era preciso separar este metal del plomo argentífero, y la copelación es un procedimiento metalúrgico muy difícil».

Añade además por nota: «Se cree que los pueblos de Oriente, en la alta antigüedad histórica, conocieron la plata acaso antes que el hierro; debían haberlo separado del plomo que entraba en la composición de sus bronces».

Leemos en la *Edad del bronce*,¹ de M. de Rougemont (pág. 160): «Constituye un hecho notabilísimo la ausencia completa de la plata en el Norte de los Alpes durante la edad del bronce y la gran antigüedad de este mismo metal en Oriente...

»...El nombre de plata era sinónimo de moneda en hebreo, en egipcio, en griego...

»El Egipto tenía por monedas anillos de oro y de plata».

Y más adelante sigue diciendo: «Si nos sorprende ver á un metal tan raro como la plata abundar en Tierra Santa desde el siglo de Abrahán, mayor asombro nos causa todavía el poco uso que se hacía del plomo en toda la alta antigüedad. La plata, en efecto, se halla de ordinario mezclada con el plomo en el seno de la tierra, y las minas del Asia Menor que, según la expresión de Homero, han sido la cuna de la plata, son

¹ *L'Age du bronze ou les Sémites en Occident*, par F. de Rougemont, Paris.—Didier, 1886.

minas de galena, de plomo argentífero: no era posible, pues, extraer uno de los metales sin hacer lo propio con el otro, y el plomo no es un metal tan vil para que no se hiciera de él ningún caso y se le dejara tirado al suelo. Es lo cierto, sin embargo, que hasta muy tarde no ha sido mezclado al cobre juntamente con el estaño ó en lugar del estaño; y yo no sé que en ninguna parte se hayan encontrado, ni en las ruinas, ni en las tumbas de la época en que imperó el bronce, otros objetos de plomo más que pequeñas estatuas, procedentes unas del lago Copaïs y otras de Italia. El plomo se menciona, es verdad, entre el botín de los Madianitas; pero nada se habla de él en la enumeración de las riquezas de Ruben, Gad y Manasé, ni en la de los tesoros de David, y apenas si se lee su nombre, de siete á ocho veces á lo sumo, en todo el Antiguo Testamento. En Grecia, Vulcano no puede fundir en su taller, según Homero, más que el oro, la plata, el cobre y el estaño, prescindiendo del plomo y del hierro; y el Prometeo de Esquilo no hizo conocer á los mortales más que el cobre, el hierro, la plata y el oro, sin indicación del estaño ni del plomo. Hay aquí un enigma del que no poseo la clave».

M. Schliemann cita la opinión de sir John Lubbock, que repetidas veces indica que la plata y el plomo no se encuentran en la edad del bronce, lo que parece implicar la idea de que mucho menos se han de encontrar en la edad de piedra. Estos metales existían, con todo, en mayor ó menor cantidad, en cada una de las cinco ciudades prehistóricas de Hissarlik. Verdad es que en la primera «el plomo sólo se presenta en pequeños é informes pedazos, que bastan, sin embargo, para atestiguar que sus habitantes lo conocían».

Consultamos *Les Matériaux*; y en ellos encontramos lo siguiente:

Vol. I, pág. 61.—M. Desor dice que los Fenicios y los Egipcios, conociendo la plata, debían conocer también el plomo y emplearlo en la composición del bronce.

Si el bronce hubiese sido importado por los Fenicios en la Escandinavia, se encontrarían allí objetos de plata.

Vol. II.—Con motivo del cementerio de Hallstadt, M. Morlot hace notar que el plomo y la plata van juntos, y que el segundo metal presupone el primero, sobre todo en Europa en que ambos se hallan siempre reunidos.

Vol. V.—Este volumen contiene un artículo de M. Morlot sobre los

metales empleados en la edad del bronce. El autor afirma que la plata y el plomo eran desconocidos en aquella época.

Nos haríamos pesados en demasía, si insistiéramos en continuar estas citas. Las que hemos hecho son bastantes para indicar que el acuerdo es unánime: la plata debe considerarse como desconocida antes de la edad del hierro.

Si debiésemos atenernos, pues, á estos enunciados generales, las estaciones en que la hemos encontrado con tanta abundancia datarían de la edad del hierro, ó de lo contrario habría que hacer remontar la metalurgia del plomo y su desplatación á épocas bastante más lejanas de las hasta hoy admitidas.

La primera de las conclusiones á que de esta suerte nos veríamos conducidos no resiste realmente al examen.

En cuanto á la segunda consecuencia, pugna, á la verdad, con ciertas inverosimilitudes de que las opiniones antes citadas no son más que un resumen.

¿Dónde está el plomo procedente de esta desplatación? se pregunta, en las pocas ocasiones en que se ha encontrado la plata, remontándose á una alta antigüedad.

Y la pregunta queda sin contestación.

También nosotros podemos hacérsola; pero nuestras excavaciones no la contestan. ¿Nos habrá pasado inadvertido todo vestigio de esa metalurgia primitiva y existirá solamente en nuestras investigaciones la laguna que observamos? La importancia que aquéllas han adquirido y el cuidado con que fueron hechas responden anticipadamente á semejante objeción, bien poco sólida.

El problema, por lo demás, tiene otra solución, que nos parece muy natural.

El origen de la plata debe atribuirse en el Sudeste de España al conocimiento que, en los tiempos prehistóricos, se tenía de los yacimientos de plata nativa de las Herrerías.

Ya verá el lector por lo que sigue que no nos faltan poderosas razones para zanjar la cuestión de un modo tan rotundo.

Al pie de Sierra Almagrera, entre el río Almanzora y la rambla de Mulería que en aquél desagua, y á tres kilómetros de la costa del

Mediterráneo, encuéntrase el sitio llamado las Herrerías (V. nuestro mapa). Esta palabra, que viene de *hierro*, es equivalente á la de *fraguas*.

Componen el suelo de la comarca una serie de colinas bajas, constituidas por margas terciarias descansando sobre las pizarras antiguas. A través de ellas han penetrado algunos filones de galena argentífera, y á consecuencia de la escasa resistencia que ofrecen las rocas de la caja y de movimientos muy complejos, preséntanse con mucha irregularidad en los depósitos pliocenos, los cuales se hallan además impregnados de óxidos de hierro y carbonatos de plomo. Ciertas capas potentes parecen haber sido metamorfoseadas y se ofrecen en forma de tierras ferruginosas más ó menos argentíferas.

Masas esponjosas y brillantes de plata nativa, afectando formas diversas, descubriéronse en 1870 ¹ á una profundidad de cuarenta metros tan sólo. El precioso metal presentábase bajo los más caprichosos aspectos, habiendo podido admirar nosotros ejemplares verdaderamente sorprendentes.

De varias maneras se ha explicado la formación de la plata en estos terrenos; pero de esto no tenemos por qué ocuparnos.

El hecho es éste: se ha encontrado el metal puro, al estado nativo, dotado de gran brillo, á pequeñas profundidades y en terrenos de igual naturaleza que aquellos cuyos afloramientos pueden reconocerse en la superficie.

Es muy natural suponer, por consiguiente, que en la misma superficie debía encontrársele también en la época en que los cazadores neolíticos recorrían solos esta bella comarca.

Veamos lo que nos dice Diodoro de Sicilia, ² al hablar de las minas de España:

«Ya que se nos presenta ocasión de hablar de los Iberos, creemos conveniente aprovecharla para entrar en algunos detalles sobre las minas de plata que entre ellos se encuentran, pues que el país que habitan encierra las más numerosas y mejores que se conocen y que estas minas proporcionan grandísimos rendimientos á aquellos que las explotan.

¹ No hace muchos años que las Herrerías producían por valor de tres á cuatro millones de pesetas al año en tierras argentíferas y plata nativa; en la actualidad, no se encuentra ya esta última y la producción de tierras ha disminuído mucho. Hubo una época en que los afortunados accionistas de una de las minas de esta comarca recibían como dividendo un cierto peso de plata nativa, que cada cual hacía fundir á su manera.

² Traducción Miot.—Paris, Firmin Didot. Lib. V, cap. XXXV.

» Al hacer, en los libros precedentes, la historia de los trabajos de Hércules, hemos hablado ya de los montes que forman el límite de Iberia y se llaman Pirineos. Añadiremos aquí á lo dicho algunas palabras. Estas montañas se distinguen de todas las demás por su elevación y su extensión; desde el mar meridional se prolongan hasta el Océano situado bajo la constelación de la Osa, separando de la Galia la Iberia y la Celtiberia, en un espacio de tres mil estadios.

» Hallábanse las mismas antiguamente cubiertas de espesos é impenetrables bosques, pero en tiempos muy distantes de los nuestros, á creer la tradición, unos pastores pegaron fuego á los árboles, toda la cordillera quedó convertida en una ascua, y como el fuego duró sin interrupción una larga serie de días, toda la superficie del suelo quedó abrasada. A la memoria de este suceso deben los montes Pirineos su nombre. ¹ Durante el incendio, una gran cantidad de plata inundó la tierra ardiente, por haber entrado en fusión la mina de donde se extrae este metal, á causa del exceso de calor, viniendo á correr por la superficie en arroyos de purísima plata. Los naturales de este país ignoraban los usos de este precioso metal; pero los Fenicios, á quienes su comercio traía á estas comarcas, teniendo noticia de lo que pasaba, se apresuraron á tomar esta plata en cambio de una pequeñísima cantidad de otras mercancías; y llevándola en seguida á Grecia, Asia y casi todas las naciones de la tierra, adquirieron con este tráfico inmensas riquezas.

» La codicia de estos mercaderes, por el provecho que de este género de negocio obtenían, llegó á ser tan grande que, cuando tenían ya completa la carga de sus buques y quedaba todavía plata en el mercado, sustituían con lingotes de plata los pedazos de plomo que llevaban pegados á sus anclas, haciendo que prestaran el mismo servicio. Prolongándose de esta suerte un comercio tan lucrativo, los Fenicios crecieron en prosperidad y en riqueza hasta el punto de poder enviar colonias diversas, sea á Sicilia é islas adyacentes, sea á la Libia, sea, en fin, á Cerdeña y hasta á Iberia.

» XXXVI. Largo tiempo después, habiendo llegado á conocer los Iberos las propiedades de la plata, emprendieron grandes trabajos para

¹ Se tiene generalmente por falsa esta etimología, considerándose que *Pirineos* viene del antiguo celta *byra*, ó mejor, *pyra*, que significa montaña.

laborear sus minas, sacando de ellas cantidades considerables de metal perfectamente limpio y procurándose así grandes beneficios. He aquí los procedimientos que se siguen entre los Iberos en este trabajo. Es de advertir que, en estas admirables minas, se encuentran mezclados el cobre, el oro y la plata. Los que trabajan en su laboreo retiran, en metal puro, la cuarta parte próximamente del peso del mineral; pero los particulares de condición libre, que tienen hornos para fundir la plata, recogen, en tres días de trabajo, por valor hasta de un talento eubóico, ¹ puesto que los pedazos de mineral que se sacan de la tierra se hallan tan cargados de gruesas y brillantes lentejuelas de plata que no se sabe qué admirar más, si la riqueza natural del suelo ó la habilidad de los obreros. Así es que los primeros indigenas que se han dedicado á los trabajos mineros han adquirido grandes riquezas, por la excelente calidad y la abundancia del mineral de plata que explotan...

»XXXVII. Los que explotan minas en España jamás han visto fallidas sus esperanzas, haciéndose extraordinariamente ricos, como quiera que el éxito obtenido en los primeros ensayos ha inducido á tentar nuevas empresas, que han dado por resultado el descubrimiento de brillantes veneros tan cargados de plata y oro que, en rigor, la tierra no es otra cosa más que un tejido de ramificaciones metalíferas...

»XXXVIII. Entre las singulares observaciones á que esta explotación da lugar, hay una que no puede menos de causar gran sorpresa, y es la siguiente: En ninguna de estas minas el comienzo de los trabajos es reciente, pareciendo que la apertura de los mismos se debe en todas á la avaricia de los Cartagineses en los tiempos en que eran dueños de Iberia».

El erudito traductor nos advierte ² que todo lo que se dice en los pasajes que acabamos de transcribir sobre la explotación de minas está tomado de un historiador llamado Posidonio, de quien se ocupa varias veces Estrabón, particularmente en su Libro III. Diodoro, sin embargo, no lo cita en parte alguna; y es sabido, por otra parte, que este autor es con frecuencia inexacto y confuso. Su misma narración sobre las riquezas minerales de Iberia puede y debe ser interpretada.

¹ En plata: cinco mil seiscientos cincuenta y siete francos.— En peso: unos veintisiete kilogramos. (N. del T.)

² Op. cit., T. II, pág. 572, nota 67.

El incendio de los Pirineos que relata debe ser verdad, porque Aristóteles habla de él también y Lucrecio ha dado del mismo en bellísimos versos una descripción notable¹. Pero donde la historia se convierte en fábula es al atribuir la presencia de la plata en la superficie á la acción del calor producido por este inmenso brasero.

Esto no era más que una leyenda como tantas otras que existen hoy día. Diodoro mismo no creía probablemente en ella, puesto que comienza la frase diciendo: á creer la tradición. Por otra parte, si después del incendio que destruyó aquellos bosques impenetrables, encontráronse riquezas minerales cualesquiera, en gran cantidad, justamente en aquellos sitios que antes eran inaccesibles, nada de particular tiene que gentes ignorantes atribuyesen su producción á los efectos del fuego.

El historiador griego entiende hablar de toda la costa oriental de Iberia, y no tan sólo de la región pirenaica.

¿Se refiere, en lo que dice, á la plata nativa ó á minerales de plomo argentífero? La cuestión no nos parece dudosa: no es de los últimos de quienes habla con tan circunstanciados detalles. Esos naturales del país, que venden la plata á la manera que los negros del Congo cambian el marfil por cuatro bujerías, lo que ceden en esas transacciones es en realidad un metal bruto y no galena argentífera que ciertos mercaderes habrían debido llevarse para fundir y desplatar en su tierra.

¿Y «cuando los Iberos llegaron á conocer las propiedades de la plata, y ellos mismos, con su trabajo, obtuvieron una considerable cantidad de metal perfectamente limpio», se trata de la galena argentífera? No podemos creer que así sea. ¿En qué consiste que Diodoro habla en los pasajes que preceden al que comentamos de la plata, del cobre y del oro, sin mencionar siquiera el plomo?

Esos pedazos de mineral que se extraen de la tierra y que tan llenos se presentan de escamas de plata gruesas y brillantes, no son de galena argentífera, sino de plata nativa; su descripción conviene perfectamente á ejemplares que tenemos á la vista al escribir estas líneas.²

¹ Op. cit., T. II, pág. 572, nota 64.

² Hay entre los minerales más ricos de las Herrerías y las tierras argentíferas de la misma localidad transiciones insensibles, en una extensa escala. Se encuentran, en efecto, ejemplares hasta con 100 % de riqueza y se explotan todavía en la actualidad tierras con 0,06 % de plata.

El historiador cuenta también como cosa notable que en ninguna parte la explotación de estas minas es reciente y no habla sino en hipótesis del origen de los trabajos en la época cartaginesa.

Lo único que del texto puede racionalmente deducirse es que la plata nativa se encontró en un principio en la superficie del suelo por pueblos cuyo recuerdo solamente nos ha conservado la tradición y que desconocían su verdadero valor; bien pronto hicieron de ella artículo de comercio con los Fenicios, primeros navegantes; y posteriormente debió extraerse el metal por galerías subterráneas en las que se encontraría más ó menos mezclado con la ganga.

No fué hasta más tarde que llegaron á conocerse los complicados procedimientos de la desplatación del plomo, cuando ya la experiencia hubo señalado la presencia de la plata en los minerales plumbíferos que no podían menos de encontrarse en las explotaciones.

No es posible prejuzgar la época en que la plata se encontró y utilizó por vez primera, porque la narración de Diodoro se funda tan sólo en tradiciones y es muy poco probable que éstas se remonten á los primeros tiempos en que el descubrimiento tuvo lugar.

En la comarca que nos ocupa encuéntrase á la vez yacimientos de plata nativa, vestigios de explotaciones que datan de todas las épocas, y á su alrededor ruinas de los caseríos prehistóricos en que se comprueba el empleo corriente de la plata.

¿No hay derecho á relacionar el pueblo que construyó esos caseríos con el que cita un historiador, al narrar con toda minuciosidad el hallazgo y modo de utilizar el precioso metal, de tal suerte que su relación no puede lógicamente aplicarse más que á minerales de plata nativa?

Que ese pueblo, que utilizaba la plata, conociese apenas el bronce, y que sólo una pequeña distancia lo separase del período neolítico, es cosa que ciertamente sorprende, pero que no puede rechazarse sino obedeciendo á ideas preconcebidas, pues no contiene en sí nada de inverosímil.

El Marqués de Nadaillac ¹, hablando de los Mound-Builders de América, dice que éstos conocían la plata, la cual sacaban de las minas del Lago Superior en donde este metal se encuentra al estado nativo.

¹ *Les premiers hommes et les temps préhistoriques*, pag. 49.

Lo que con razón está admitido para los primeros habitantes del Nuevo Mundo no hay para qué dejar de admitirlo para los del Antiguo, en circunstancias semejantes.

Pero salgamos al encuentro de algunas objeciones.

¿Cómo no hemos encontrado nosotros en las mismas Herrerías vestigios prehistóricos?

Estos vestigios han podido muy bien desaparecer de un sitio ocupado por restos verdaderamente inmensos de antiguas explotaciones, que pertenecen á todos los períodos históricos, y que todo lo han removido y trastornado.

Es bien difícil hoy día tratar de averiguar, por los hechos, cuáles fueron los primeros mineros, porque, en medio de esa verdadera fiebre minera por que el país ha pasado, los numerosos documentos que hubieran podido reconstituir esta historia se han perdido. Nadie los ha estudiado seriamente, y á haberse hecho no ha muchos años, acaso hubiese quedado demostrado el origen prehistórico de las primeras explotaciones.

Bueno es observar, por otra parte, que, al presente, reinan con frecuencia fiebres perniciosas en las Herrerías; y nada tendria de particular que este motivo indujera á los pueblos, en los tiempos prehistóricos, á construir en otro punto sus caseríos, lo que explicaría por qué no hemos encontrado allí mismo estación ninguna.

¿Por qué el conocimiento de los yacimientos de plata nativa de las Herrerías y del modo de utilizar este precioso metal no se ha difundido más por las comarcas vecinas? Las excavaciones en ellas practicadas hasta la actualidad demuestran su ausencia casi completa en esos lejanos tiempos.

Mucho queda, á la verdad, por hacer en España, desde el punto de vista arqueológico, pues que este bello país se halla poco explorado aún en este concepto; si existiesen, no obstante, en otras provincias zonas tan ricas en estaciones prehistóricas como la descrita, en que la plata hubiera sido empleada corrientemente, difícilmente podría admitirse que hubiesen pasado inadvertidas hasta el día.

Pero un pueblo que, por naturaleza, tiene instintos guerreros, cuando se encuentra con grandes riquezas junto á sus poblados, se parapeta del modo que hemos visto; le sobran razones para defender sus viviendas, lo mismo que el país, contra interesadas invasiones. Síguese de aquí que

sus relaciones debían encontrar grandes obstáculos; y la plata, suponiendo que fuese un artículo de comercio, no ha debido penetrar muy lejos por la vía de tierra. Y si la relación de Diodoro, cuando habla de comercio, se aplicase á las transacciones de los primitivos habitantes de Fuente Álamo, del Argar, etc., con los Fenicios, entonces la exportación de la plata hubiera tenido lugar hacia Oriente.

El mapa que hemos dibujado muestra perfectamente cómo las principales estaciones en que abundaba más la plata aparecen todas situadas alrededor de las Herrerías; vemos en el Sud Gatas, y hacia Oeste y Norte el Argar, Fuente Álamo y el Oficio. Puede que existan otras estaciones que nosotros no conozcamos, pero hemos explorado lo suficiente la comarca para poder afirmar que los caseríos son más raros y más pobres á medida que nos alejamos de las Herrerías.

Así pues, la plata era conocida el día siguiente á la terminación de la edad de piedra en el Sudeste de España; y el origen de su descubrimiento debe atribuirse á la presencia del metal al estado nativo en la superficie del suelo.

Indicamos en la tabla siguiente el resultado de las análisis de algunos objetos de plata y de otros que, por su aspecto, sospechamos que debían estar formados de aleaciones de plata y cobre. Analizamos igualmente un ejemplar de plata nativa de las Herrerías, procedente de las modernas exploraciones, el cual fué extraído de unos cincuenta metros de profundidad y está constituido por brillantes ramificaciones de plata cristalizada.

TABLE IV
ANÁLISIS DE OBJETOS DE PLATA

N.º	PROCEDENCIA	DESIGNACIÓN DEL OBJETO	PLATA	COBRE	ESTAÑO	PLOMO	PARTICULARIDADES	Autor
116	Argar 738	Pasadores	27,74	28,22	3,55	2,04		C
117	Id. 401	Id.	53,98	6,37	4,48	4,12		C
118	Gatas 8	Brazaletes	79,77	indicios	—	—	8,49 cloruro de plata (?)	C
119	Argar 738	Pendiente	22,65	51,35	0,00	indicios	indicios de hierro	C
120	Oficio 78	Brazalete grande	92,64	5,82	0,00	indicios	1 % cloro	C
121	Fuente Álamo 9	Diadema	62,66	—	—	1,94	3,67 % cloro	C
122	Herrerías	Plata nativa	89,62	0,18	0,00	0,00	indicios de cloro-10,30 % de impurezas (arena, caliza, etc.)	C

Los resultados de los números 116, 117, 119 y 120 prueban que deliberadamente se aleaban el cobre y el bronce con la plata. Los dos últimos ejemplares, sin embargo, podrían provenir de un mineral local cuproargentífero.

El número 116 podría hallarse compuesto de 31,77 partes de bronce con 11,17 % de estaño y de 27,74 partes de plata. El plomo debería proceder, bien del mineral de cobre, bien del estaño ó de la plata que no estuvieran en perfecto estado de pureza: el ensayo número 121 prueba que la plata puede contener algo de plomo, cosa que nada tiene de sorprendente, dada la proximidad á que se encuentran las menas de este metal. Es muy posible, con todo, que el plomo haya sido añadido intencionalmente.

Si hacemos abstracción de la plata del número 117, se descubre entre las proporciones de cobre, estaño y plomo una relación comparable al contenido de estos metales que se ha encontrado en el pequeño lingote del Argar (V. análisis núm. 90, tabla III). Podría creerse que ese estaño impuro ó esa aleación había sido mezclada con la plata.

Por los resultados de los números 118, 120 y 121 vemos que el producto de la alteración de la plata contiene una parte notable de cloro.

La presencia del plomo en los ejemplares precedentes nos lleva á hablar aquí de los fragmentos de este metal encontrados en el Oficio.

Uno de ellos, como es sabido, formaba cuerpo con una pequeña cantidad de bronce: acaso se tuviera la intención de alearlo con el cobre y formar un bronce plumbífero, por más que nunca hayamos encontrado objetos formados con semejante aleación¹; ó de otro modo ¿sería que se quisiera preparar una mezcla análoga al lingote del Argar (análisis núm. 90) y al metal combinado con la plata en los pasadores de la análisis 117?

Lo que importa más averiguar es el origen de ese plomo. La análisis ha revelado indicios de estaño en uno de los fragmentos; salvo lo cual, los dos ejemplares son químicamente puros: no contienen nada de plata, siendo así que todas las galenas que se explotan en el país contienen siempre cantidades apreciables de ella, y tiene muy pocos visos de probabilidad que el tratamiento de estas galenas haya podido dar un plomo tan puro. Verdad es que M. Axel Boeck, ingeniero en Mazarrón (provincia

¹ El ensayo número 8) ha dado, sin embargo, 1,62 % de plomo en el bronce. ¿Esta cantidad es accidental ó bien es resultado de una tentativa semejante á la del Oficio?

de Murcia), posee un ejemplar de plomo nativo encontrado en el Pilar de Jarabia, pero esto no es sino una gran rareza.

Podría alguien argüirnos que acaso sean dichos ejemplares producto de la desplatación. Esta hipótesis no puede sustentarse.

Del Argar sólo poseemos unos trescientos diez objetos de plata, que pesan en junto mil quinientos gramos. La ley de las galenas más ricas que en el país han podido explotarse queda siempre por debajo de 1 % de plata. La plata sola del Argar hubiera exigido, pues, el tratamiento de más de ciento cincuenta kilos de esta galena, lo que hubiera dado un centenar de kilos de plomo, ó sea, un peso dos mil veces mayor próximamente que el del plomo encontrado en nuestras excavaciones.

Aparte de esto, hay que recordar que la desplatación del plomo por los procedimientos antiguos no da plomo metálico como producto accesorio, sino litargirio.

La presencia de la plata en las galenas ha debido irse conociendo á fuerza de tiempo, por el examen de los minerales muy complejos que de ordinario acompañan á la plata nativa. Además de las tierras en que el metal apenas es visible, hay otras en las que á simple vista no se percibe nada; otras piedras debieron llamar la atención por su aspecto brillante, ó su peso, y es natural que algunos pedazos de ellas se sometieran á un fuego de reducción. A un ensayo de esta clase quizá se deba la obtención del lingote de plomo del Oficio; pero el descubrimiento, aun suponiendo que se deba á los mismos habitantes del país, no ha tenido tiempo de adquirir gran importancia.

CAPÍTULO III

EL ORO.

PUEDE afirmarse con toda seguridad que el oro ha sido conocido y empleado desde los tiempos más remotos: los pueblos prehistóricos más antiguos han debido admirarse del brillo de este hermoso metal, al tiempo que buscaban en los valles ó en las playas materias propias para ser convertidas, por una fácil labra, en objetos de adorno personal; bien pronto debieron apoderarse de la bella pepita para batirla y hacer de ella un brazalete ó un colgante de collar ó de arracada.

Ya hemos citado los antiguos textos que hablan de los metales preciosos tan esparcidos por el suelo de Iberia (V. pág. 287). Creemos haber probado que el relato de Diodoro con relación á la plata no es pura fábula, puesto que nuestros descubrimientos lo corroboran plenamente; séanos, por consiguiente, permitido dar fe á sus palabras cuando menciona el oro entre las riquezas que se encuentran en la Península.

Nuestros hallazgos y los de otros vienen, por lo demás, á suministrar un nuevo apoyo á la descripción del historiador.

En el Museo de Historia Natural de Madrid figura una pepita española de peso de unos trescientos gramos; y no hace aún mucho tiempo que

fué robado de una de las vitrinas un pedazo de oro tres ó cuatro veces mayor, recogido igualmente en España.

Es sabido que los ríos de Granada llevan oro; las arenas del río Almanzora deben contenerlo también.

Nada se opone á la creencia de que los objetos de oro que hemos encontrado y de los cuales más arriba hablamos sean producto de una industria indígena y no meros objetos de importación.

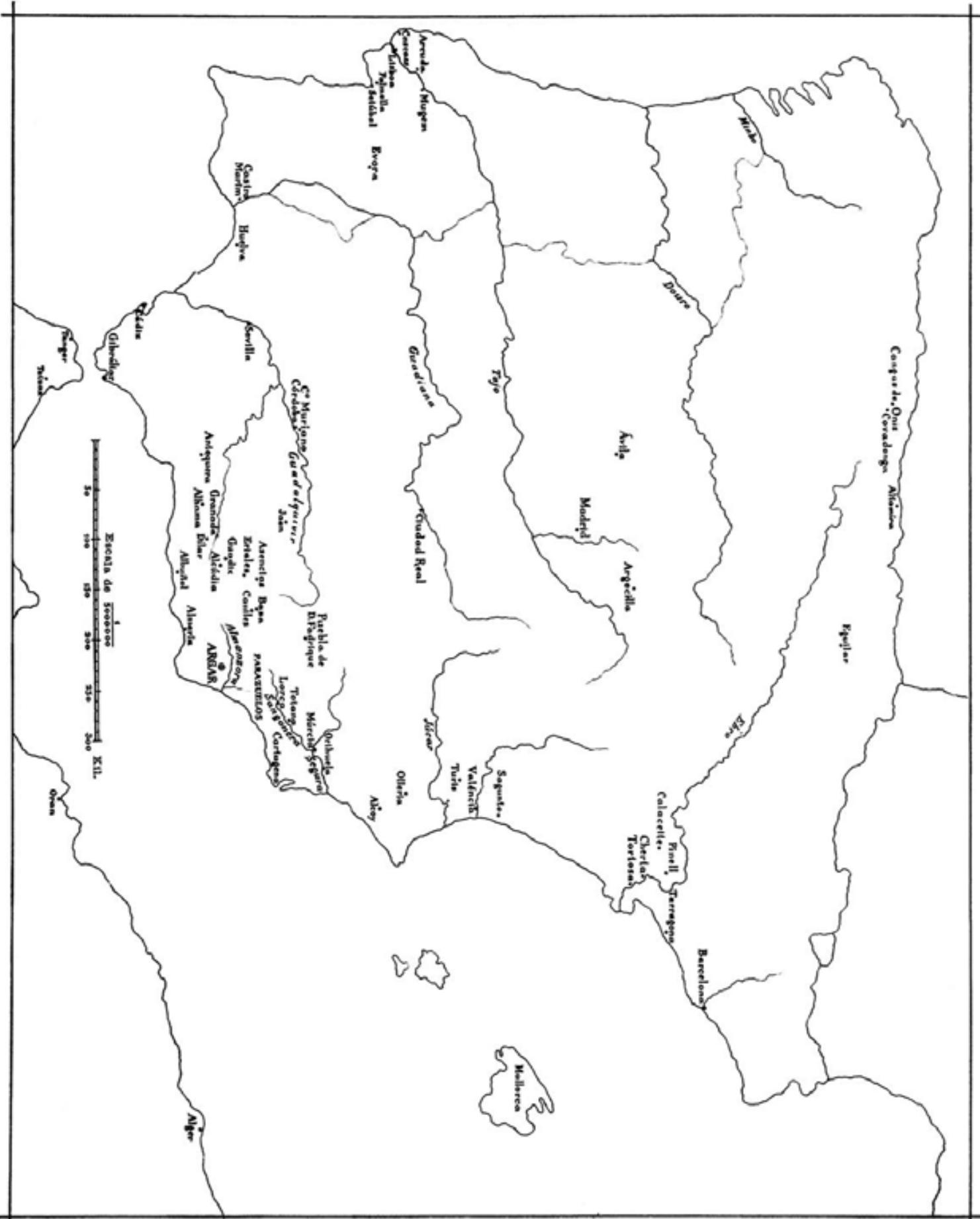
Otro tanto debemos decir de los del Museo Arqueológico de Madrid que representamos más adelante. El color de los nuestros varía del amarillo de latón al amarillo un poco anaranjado. El hilo de oro dibujado en la lámina 25, figura 8, es de cuantos poseemos el que presenta un tinte más pálido. Sometido á la análisis ha dado: oro, 62,96; plata, 37,04. Uno de los pendientes de oreja de la sepultura número 6 del Oficio presenta manchas negruzcas debidas á la alteración de una substancia extraña mezclada con el oro: esta impureza tal vez sea plata.

El brazalete grande de la sepultura número 1 de Fuente Álamo es igualmente de color pálido y tiene por peso específico 17, cuando el del oro puro es de 19,25. Puede admitirse que el metal combinado es plata. Siendo 10,47 el peso específico de ésta, resulta que ese anillo contiene: oro, 74,26; plata, 25,74.

Estos objetos están más bien formados por un electro natural, en el cual domina el oro. Estrabón nos dice que estos metales se encuentran naturalmente aleados en la Península. También nos habla el mismo del activo comercio que de ellos hacían los Fenicios y de las explotaciones romanas, de las que se han señalado hoy día numerosos vestigios.

SEGUNDA PARTE.

COMPARACIONES ETNOGRÁFICAS



CAPÍTULO I

LO PREHISTÓRICO EN LA PENÍNSULA.

SIN descender á minuciosos detalles, pasaremos rápidamente revista á las principales estaciones de la península. La obra reciente de M. Cartailhac ¹ hace inútil un trabajo más detenido, toda vez que este sabio ha dicho cuanto el estado actual de la prehistoria y la reducida publicidad dada á los descubrimientos permitían decir.

Nuestro principal objeto se reduce á comparar la civilización del Argar con las demás de la península y dejar bien deslindada la zona á que aquélla se extendía.

Es difícil seguir en esta exposición un orden cronológico. En efecto, con sobrada frecuencia encontramos á faltar pruebas indiscutibles y de peso para establecer el verdadero lugar que en las edades prehistóricas corresponde ocupar á cada estación. Recorreremos, no obstante, la península desde el Norte al Sudoeste y luego nos remontaremos hacia el Nordeste.

A la orilla del golfo de Gascuña vemos el dolmen de Eguilar (camino de Vitoria á Pamplona), los de Cangas de Onís y de Arrichinaga, la Cueva de Altamira (provincia de Santander), excavada por el señor Santuola, que encontró en ella osamentas de animales, conchas marinas y útiles de

¹ *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal.*—Paris, Reinwald, 1886.

hueso y de pedernal ¹, y por último la antigua mina de cobre del Milagro, cerca de Covadonga (Asturias), que todo el mundo ha oído citar.

Los dólmenes en Portugal son numerosos; pero desgraciadamente, encuéntrase en ellos una mezcolanza de objetos de naturaleza y edades tan diversas que con dificultad puede determinarse la época á que dichos dólmenes corresponden.

M. Cartailhac representa en su obra un gran número de ellos; y este mismo autor nos da interesantes detalles sobre los montones de conchas del Cabezo d'Arruda, en los que vemos pequeños pedernales de forma trapezoidal muy semejantes á los del Gárcel.

El malogrado señor C. Ribeiro ² ha dado una descripción minuciosa de la estación de Lycea, en donde halló un verdadero campo atrincherado defendido por recias murallas, que recuerdan las construcciones defensivas de que tantos ejemplos llevamos citados y que ya en el caserío de Campos pudimos observar. En el interior del recinto encontráronse multitud de objetos de alfar ornamentados, hachas de piedra pulimentada, puntas de hueso, osamentas de animales, conchas marinas y hasta sepulturas.

Debemos señalar también en Portugal las cuevas sepulcrales naturales de Cesareda ³, descritas por el señor Delgado. Estas cuevas han proporcionado: un cráneo trepanado; magníficas puntas de flecha ó de lanza de pedernal; gubias de piedra; tablas de pizarra muy singulares, en forma de báculos cubiertos de adornos y con agujeros; cuentas de collar de varias clases; alfileres de hueso; y en fin, una punta de dardo de cobre ó bronce, en forma de losanje. Muy importantes también son las cuevas artificiales de Palmella, practicadas en una roca floja y cuya exploración ha producido principalmente objetos de alfar, hachas ó gubias de piedra, sierras de pedernal fuertemente retocadas, puntas de lanza de pedernal, perlas de calaita, vasitos de mármol, algunos curiosos objetos de caliza muy cargados de adornos, y punzones y puntas de flecha de cobre ó de bronce. Debemos citar de Palmella, además, curiosas vasijas del tipo 6 del Argar, conteniendo, sin embargo, algunas horadaciones junto

¹ *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, por don M. de Santuola.—Madrid, Murillo, 1880.—Véase también *Matériaux*, vol. XVI, 1881, pp. 275-283.

² *Noticia de algunas estacoes e monumentos prehistoricos*.—Lisboa, 1878.

³ *Noticia acerca das grutas da Cesareda*.—Lisboa, 1867.

á los bordes, como una de las toscas vasijas de Parazuelos. La vasija del Oficio (Lám. 62, fig. 84) recuerda igualmente la de Palmella, con sus cuatro asas en vez de agujeros para la suspensión. M. Cartailhac compara estos recipientes á los de Irlanda. Proceden, en fin, de las mismas criptas algunas copas sin pie, con muchos adornos, cuyo fondo lleva en el exterior una gran cruz. Una ornamentación análoga vimos en el Argar y en Zapata.

La colección del Sr. G. Pereira contiene quince hachas planas de cobre.

El señor Possidonio da Silva presentó al Congreso de Lisboa de 1880 seis *celts* de bronce portugueses, formando una serie gradualmente perfeccionada, partiendo del tipo primitivo.

Mencionemos también un puñal de bronce, que recuerda nuestras hojas del mismo metal y proviene del Serro da Eira da Estrada, así como una sierra igualmente de bronce de Fonte da Ruptura (Setubal). M. Cartailhac, que figura estos objetos (Op. cit. págs. 216-220) habla de los cistos del Algarve, que contienen urnas cinerarias. Las formas de estas últimas las alejan por completo de las nuestras; pero la aparición de un nuevo rito junto con la del metal y el mayor aislamiento de los muertos después de esta época son hechos que nosotros dejamos comprobados aquí como en Portugal.

Portugal es una región esencialmente dolménica, apartándose completamente en este concepto de la del Sudeste de España; las analogías que existen entre ciertos objetos de las excavaciones portuguesas y algunas piezas que provienen de nuestras estaciones más antiguas son reales, pero no descubrimos en la Lusitania la bella civilización de nuestros caseríos de Fuente Álamo, el Argar, etc.

En la provincia de Huelva, don Recaredo de Garay ¹ señala antiguas explotaciones de cobre, atribuyendo á los primeros mineros tumbas que contienen hachas y cuchillos de cobre y adornos de oro y de plata de una labor muy primitiva. Las minas de Huelva han proporcionado numerosos martillos de diorita, análogos á los del Cerro Muriano de que vamos á hablar.

Resumimos á continuación lo que dice el señor Vilanova de esta última estación ²:

El Cerro Muriano está situado á ocho kilómetros de Córdoba en la direc-

¹ *Antigüedades prehistóricas de la provincia de Huelva* (Boletín de la Real Academia de la Historia, de Madrid, 1882-1883, p. 392).

² *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, p. 404.

ción Nornordeste, á la derecha del camino que se dirige de esta ciudad á los caseríos de la montaña, atravesando los pintorescos valles de Sierra Morena. Sus minas de cobre están abandonadas de tiempo inmemorial, no utilizándose actualmente más que las escorias que yacen en montones en la superficie, lo que ha dado lugar á un pequeño centro de actividad industrial de escasa importancia, á pesar de la abundancia y riqueza de esos desechos procedentes de la fundición de los minerales.

El ingeniero don Casiano de Prado fué el primero que señaló la presencia de estas escorias y recogió algunos martillos de diorita. Posteriormente se han obtenido algunos ejemplares de objetos análogos; el autor pudo reunir diez y nueve y ofreció al Museo de Madrid una colección de ellos, ordenada por tamaños.

La forma de estos útiles varía poco; generalmente es elipsoidal; sus dimensiones son muy variables; los ejes mayores de algunos de ellos miden diez y ocho centímetros, con una circunferencia media de quince centímetros de diámetro, los hay en quienes estas dimensiones llegan respectivamente á veintiocho y á diez y siete centímetros. Están provistos de una ranura que permite sujetarlos á un mango, como los de la mina del Milagro, más arriba citada, y los que se han encontrado en el Lago Superior, en Aurignac, en Mont-d'or, en Suiza, en Escania, en Groenlandia, en Suecia, en Riga, en Fuente Ovejuna y en Huelva.

Hablando luego del Cerro Muriano, dice el señor Vilanova que los cráneos pertenecen á una raza muy braquicéfala, de donde deduce el origen prehistórico de los martillos y de los morteros que sirvieron para la explotación del mineral de cobre y la separación de su ganga. Como hay, sin embargo, multitud de antigüedades romanas mezcladas con estos restos, es de lamentar que no se hicieran excavaciones metódicas, á fin de determinar en ese montón de escorias la parte que sea prehistórica y la que debe atribuirse á los Romanos. Bien que algunas sean anteriores á la época romana, es evidente que no todas datan de la primera época del metal. Algunas análisis hubieran podido dar también datos preciosos, sobre todo desde el punto de vista de la cuestión de la edad del cobre, de la que el docto profesor de Madrid es partidario convencido.

En Andalucía las cavernas y las estaciones primitivas son numerosas; examinaremos sólo las más interesantes.

El monumento de Castilleja de Guzmán consiste en una larga galería, que termina en una cámara; es muy interesante, mas, por desgracia, no ha dado objeto ninguno.

En la Cueva de la Mujer, cerca de Alhama (provincia de Granada), el señor Mac Pherson encontró lo siguiente:

Fragmentos de objetos de alfar negruzcos y rojizos, de formas bastante variadas; algunos de ellos aparecían cubiertos de dibujos primitivos, mientras que otros presentaban una capa de oligisto aplicada intencionalmente en su parte interior; — piedras que habían servido de percutidores, de alisadores y de bruñidores; — huesos labrados y perforados; — un diente agujereado; — cuchillos de pedernal; — un pectúnculus desgastado, transformado en brazalete, como los de Palacés, y un fragmento de otro en el que se había practicado un agujero; — residuos de carbón de pino y cenizas; — restos de animales mezclados con huesos humanos, lo que induce á este explorador á creer que los primitivos habitantes de la caverna tenían costumbres antropófagas; — y por último un frontal y un parietal humanos.

En posteriores exploraciones hechas en Alhama, el mismo arqueólogo recogió más de doscientas hachas de piedra pulimentada en los alrededores de esta localidad, aquí, como en todas partes, llamadas *pedras de rayo*; también menciona una sepultura, un *celt* plano y una punta de flecha de cobre, y un tubo de hueso estriado.

La Cueva de los Murciélagos (provincia de Granada) es importantísima; desgraciadamente todo en ella ha sido revuelto. Esta cueva sirvió tan pronto para almacén de minerales como para el aprovechamiento del guano formado en el suelo por verdaderas legiones de murciélagos que en la misma se recogían.

El señor Góngora, que exploró la caverna, hace la descripción ¹ de los descubrimientos que en ella se han hecho, pero no ha sido personalmente testigo más que de un corto número de ellos; y entre los que este autor no ha presenciado cítanse algunos tan extraños que no pueden menos de engendrar en nosotros cierto escepticismo. El lector podrá juzgar por sí mismo en la sumaria exposición que de ellos vamos á hacer.

La Cueva de los Murciélagos está situada á tres kilómetros de Albuñol,

¹ *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, pag. 24 y siguientes.

al borde de un sombrío precipicio; el arqueólogo andaluz refiere á este propósito las leyendas de tesoros escondidos y los cuentos fantásticos que circulan por el país.

Los primeros que exploraron la caverna llevaban un fin de curiosidad interesada y utilizaron como estercolero el grueso depósito de guano dejado por los murciélagos.

Al parecer, encontráronse más tarde algunos pedazos de mineral de plomo, lo que decidió, ya en 1857, á algunos mineros á explorar el sitio. Después de quitar unos grandes pedruscos que en parte obstruían la entrada, descubrieron un pasadizo que conducía á una espaciosa sala; en este pasadizo se encontraron tres esqueletos, y uno de los cráneos llevaba una diadema de oro, que figuramos más adelante. En la sala yacían otros tres esqueletos, y al lado de uno de ellos veíase un gorro de esparto trenzado, con manchas de sangre: por lo que los exploradores contaron al señor Góngora, despréndese que junto á cada uno de los muertos aparecía colocado un pequeño cesto ó bolsa de esparto, de dimensiones variables entre diez y quince pulgadas; dos de estas bolsas estaban llenas de tierra negruzca; otras contenían mechones de cabellos, gran cantidad de semillas de adormidera y conchas univalvas. En una segunda sala, contigua á la primera, hallábanse doce esqueletos colocados en semicírculo alrededor de la osamenta de una mujer muy bien conservada, vestida con una túnica de piel, abierta por el lado izquierdo y sujeto por medio de correas formando una lazada; llevaba suspendido al cuello un collar compuesto de anillos de esparto trenzado; de estos anillos pendían conchas marinas perforadas y del de en medio un colmillo de jabalí que presentaba una escotadura en su extremidad.

El esqueleto á que correspondía el cráneo con diadema llevaba una túnica corta hecha de una fina tela de esparto trenzado, admirablemente trabajada; los otros vestían tejidos de igual clase, pero más groseros; los cráneos hallábanse cubiertos con gorros de esparto semiesféricos ¹ y los pies calzados con esparteñas, ó alpargatas de esparto ². Al lado de las osamentas, encontráronse cuchillos de pizarra (?), *celts* de piedra pulimentada, cuchillos

¹ M. A. Boeck, ingeniero en Mazarrón (provincia de Murcia) conserva un gorro análogo, procedente de las antiguas labores mineras del Coto Fortuna, sito en aquella localidad, del tiempo de los romanos.

² Calzado propio de la gente del campo.

y puntas de flecha de pedernal cogidas con pez á unos palos, pedazos de cuarcita metidos también á veces en bolsas de esparto, vasijas de tierra cocida, un gran trozo de una piel muy gruesa, instrumentos de hueso labrado y una cuchara de palo con el mango perforado por un agujero en su extremidad.

En fin, en una tercera sala, se encontraron las osamentas de más de cincuenta individuos, calzando sandalias de esparto y vistiendo trajes de la misma materia, que recuerdan las cotas de malla, juntamente con armas de piedra y de hueso análogas á las precedentes y una piedra de afilar. Tal es la relación que le fué hecha al señor Góngora. Es bien difícil referir á una sola época todos estos hallazgos; porque ¿cómo es posible que esos tejidos vegetales y esos cabellos sean contemporáneos de los instrumentos de piedra? El sabio español explica su conservación por la sequedad de la cueva, por el salitre que tapizaba sus paredes ó por cualquier otro agente difícil de señalar. Las dos primeras razones no son, á la verdad, muy compatibles. Todo ello fué objeto, al hacerse las excavaciones, de una devastación completa; los codiciosos y bárbaros exploradores, excitados á la vista de la diadema de oro, lo rompían todo, arrojando al precipicio tan preciosas reliquias.

Algunas piezas pudieron, no obstante, substraerse á la destrucción total. El señor Urizar posee la diadema de oro y tres instrumentos de piedra. El mismo señor Góngora pudo recoger, gracias á la generosidad de algunos donadores y en virtud de posteriores exploraciones que practicó en la caverna, los objetos siguientes:

Algunas sandalias, tres fragmentos de túnica, el fondo de un cesto, nueve bolsas y una pequeña canastilla, objetos todos de esparto trenzado.

Un cucharón de palo.

Un cuchillo (?) de hueso, horadado por un solo agujero.

Una vasija de tierra cocida, un pie de taza, fragmentos horadados de cerámica con impresiones digitales y líneas trazadas en hueco, parte de una vasija de fondo plano, llevando un tubo en uno de sus lados y varias asas ú orejetas de formas diversas, provistas de uno ó de dos agujeros.

Dos porciones de anillos de mármol, enteramente análogas á las que diferentes veces hemos encontrado.

Dos cuchillos de pedernal.

Por último, algunas osamentas humanas y porciones notables de tres cráneos.

La mayor parte de estos objetos se encuentra hoy día en el Museo de Madrid; en él hemos visto esos tejidos de esparto, y su conservación es tan perfecta que no puede menos de ponerse en duda su origen prehistórico. No es menos notable el modo como están trabajados.

¿Qué deducir de estos descubrimientos?

Una apreciación concienzuda de la época á que deben atribuirse es de todo punto imposible. Vemos en ellos ciertas piezas que ofrecen innegables analogías con algunos de los objetos encontrados en nuestras estaciones, como los de cerámica, los collares formados con conchas y los pedazos de anillos de mármol. La misma diadema, bien que de un metal diferente y de una forma algo distinta de las nuestras, es también, sin embargo, como éstas, un signo de supremacía, ó un adorno de igual género, que el difunto llevaba hasta en la tumba. Con todo, los enterramientos parecen hallarse dispuestos de diferente manera.

Sigamos haciendo el examen de otras antigüedades señaladas por el señor Góngora.

Describe este autor los dólmenes de Dilar, del Hoyón y del Herradero, situados en los alrededores de Granada, sin que, por otra parte, cite ningún hallazgo.

Habla de las construcciones ciclópeas de Ibro (Baeza, cerca de Jaén), recordando con este motivo las de Tarragona, de los dólmenes del Toyo de las Viñas, de la Cruz del Tío Cogollero, de las Hazas de la Coscoja, de las Ascencias y de la Sepultura grande. La exploración de esta última le dió una punta de flecha de pedernal, una punta de lanza (que es más probable sea un cuchillo) y una pequeña sortija de cobre ó bronce, dos pequeñas vasijas de tierra cocida y dos cráneos enteros.

Excavó varios dólmenes en los Eriales; y en ellos encontró dos puntas de dardo ó de lanza de cobre, fragmentos de toscas vasijas de barro, una sortija de cobre parecida á las del Argar y una pieza de bronce de uso desconocido.

Estos últimos monumentos megalíticos se encuentran entre Baza y Granada (V. nuestro mapa de España). En los alrededores de los Eriales, según dice nuestro autor, existe un grandísimo número de monumentos semejantes.

Hemos citado ya los únicos objetos que se han encontrado en los dólmenes andaluces. Réstanos hablar de los descubrimientos hechos por el señor Góngora en las localidades más próximas á la zona que nosotros hemos explorado, y á los cuales damos, como es natural, mucha más importancia.

En los Molinos de Viento, cerca de Almería, unos trabajadores pusieron al descubierto una sepultura hecha de piedras, perfectamente cerrada, que encerraba una pequeñísima taza de tierra cocida de bordes entrantes, cinco hojas de pedernal, una punta de hueso trabajado y una especie de alisador de marfil.

El *palstave*¹ con dos orejetas de la Sierra de Baza es sumamente interesante.

Junto á Caniles (al Sudeste de Baza, no lejos de los confines entre las provincias de Granada y Almería) se han encontrado también diversas tumbas conteniendo varios cuchillos de pedernal reunidos. Proviene igualmente de Caniles la copa de tierra cocida con pie de que hablamos en la página 117.

En Alcudia, al Sudeste de Guadix (provincia de Granada), se encontraron tres copas del mismo tipo y otras vasijas parecidas á las de nuestras bellas estaciones.

El autor español no nos da más detalles sobre este descubrimiento.

No se muestra mucho más explícito al señalar un vasto cementerio situado á una media legua de Baza. Las tumbas, según nos dice, se encuentran á dos metros de profundidad y tienen dos metros cincuenta centímetros de largo, de sesenta á ochenta centímetros de ancho y setenta de alto. Los intersticios de las losas que las cubren están cuidadosamente tapados con un mortero duro; la cabeza de los difuntos está vuelta hacia Poniente é inclinada hacia el Sud; los pies ocupan la dirección Este, pero con la punta dirigida al Norte; junto á cada cráneo hay otros dos ó tres y en los pies muchos huesos amontonados. Entre las rodillas de varios esqueletos veíanse pequeñas gavillas de esparto. Al lado de uno de los esqueletos encontrábase una vasija de tierra cocida en forma de botella con gollete, provista de una asa; esta vasija no parece muy antigua;

¹ Se da este nombre á una hacha de cobre con asas, que, según Góngora, determina un verdadero progreso en las artes.—(Nota del traductor).

pero la ausencia de detalles sobre una necrópolis tan importante es bien sensible.

De las noticias recogidas por el señor Góngora podemos deducir que los dólmenes son muy numerosos en la parte occidental de Andalucía, pero que desaparecen al acercarnos á las regiones orientales de aquel país, las cuales á la vez se distinguen por objetos de cerámica que debemos considerar como característicos de la civilización del Argar. De esta suerte obtenemos algunos puntos de referencia para deslindar la zona que esta civilización ocupó; volveremos á ocuparnos de ella más adelante. Pasemos á las provincias de Alicante y de Valencia, dejando al Este la comarca que hemos explorado.

En Orihuela (provincia de Alicante, á cuatro leguas al Nordeste de Murcia) tuvimos el gusto de encontrar en don Santiago Moreno, coronel de ingenieros, uno de los más distinguidos aficionados á la arqueología. Mostrónos este señor una hermosa colección de cuentas de collar de esteatita y serpentina noble de diversas formas, entre las cuales aparece un tipo que nosotros no poseemos, consistente en un pequeño cilindro hueco con dos agujeros laterales. Posee también el mismo algunas elegantes puntas de flecha y hojas y sierras de pedernal, así como fragmentos de objetos de alfar; estos objetos, al igual que otros de la misma clase, conservados por don Francisco López, juez de Orihuela, provienen de la Cueva de la Roca y de una estación importante que se extendía por la llamada Ladera de San Antón. Los dos sitios están próximos entre sí y se encuentran á corta distancia de Orihuela.

El señor Vilanova cita la Cueva de la Roca¹, donde recogió notables puntas de flecha de pedernal, cuchillos y sierras de igual substancia, conchas perforadas, pedazos de vasijas de barro gruesas y de color negro; y por último numerosas osamentas humanas pertenecientes á una raza ruda, al parecer. A propósito de algunas de ellas, que han sufrido una fuerte quemazón, suscita este autor la cuestión de la antropofagia, pero no menciona las perlas y atribuye los hallazgos hechos en esta caverna al período neolítico. Conviene observar que la cueva fué violada y que la mayor parte de los objetos se recogieron entre los escombros lanzados al

¹ Op. cit., pág. 880.

exterior por ignorantes y codiciosos exploradores. En semejantes condiciones, parécenos difícil de precisar la edad de estos objetos.

En cuanto á la ladera de San Antón, es una vertiente de pendiente rápida y de gran longitud, situada al pie de una línea de elevados peñascos; en un espesor variable de 0^m á 2^m, según que nos coloquemos al pie mismo de los peñascos ó bien en la parte baja de la vertiente, descúbrense en el suelo, debajo de una delgada capa de humus, tierra negruzca mezclada con carbón, piedras, pedazos de vasijas de barro, ripio y sierras de pedernal, como también muelas de piedra. Creíamos nosotros que estos escombros debían provenir todos de la estrecha explanada que aparece sobre la cresta peñascosa, en la que debía haber existido el caserío, cuando, al explorar este sitio, nos encontramos con una superficie muy escabrosa, presentándose la roca pelada por todas partes.

Hay que suponer, pues, que la estación que nos ocupa se extendería por la vertiente misma, en la que debieron haberse practicado algunos desmontes en forma de escalinata, de los cuales, por otra parte, no existe el más pequeño rastro.

El mismo señor Vilanova será nuestro guía ¹ para la estación ó monumento denominado Castellet del Porquet de la Ollería.

Encuétrase el sitio en una pequeña meseta, junto á Mogente, entre Alicante y Valencia.

La construcción se componía de hiladas circulares de piedra, traída allí del valle, cubiertas de tierra; excavada que fué en 1845 y 1846, encontróse en ella:

Algunos esqueletos humanos, de los cuales el señor Vilanova posee un frontal notable por su forma deprimida, la prominencia que ofrecen las arcadas ciliares y el desarrollo de las fosas nasales.

Osamentas de buey, de ciervo, de caballo y de cerdo.

Algunas hachas pulimentadas de diorita y otras de cobre, de forma plana y modelo primitivo.

En Ayelo, estación próxima á la precedente y del mismo género, se encontraron fragmentos de toscos objetos de barro, huesos de animales domésticos y una tableta de pizarra perforada.

¹ Op. cit., pág. 410.

Estos detalles, únicos que el señor Vilanova ha podido recoger, son, por desgracia, bien poco precisos y en número asaz pequeño para que puedan caracterizar estas estaciones. Con todo, el monumento de la Ollería, que se ha tomado por un dolmen, nos parece que es un caserío fortificado, del género de los de Ifre, Zapata, etc.

En Turis, cerca de Valencia, encontróse una hacha de bronce con asas y ranuras.

También en la *Crónica Científica* de Barcelona leemos un artículo del señor Vilanova en que hace una sumaria enumeración de los objetos recientemente encontrados en una caverna de Alcoy (provincia de Alicante). Encontráronse en ella veinticuatro esqueletos humanos, cuchillos, sierras y flechas de pedernal, *celts* pulimentados de diorita, agujas y punzones de hueso, una curiosa rosca (?) destinada á servir como objeto de adorno, fragmentos de obras de barro y tres instrumentos de cobre puro ¹.

Remontándonos hacia el Norte, pasemos ahora á Tarragona, de la que diremos algunas palabras.

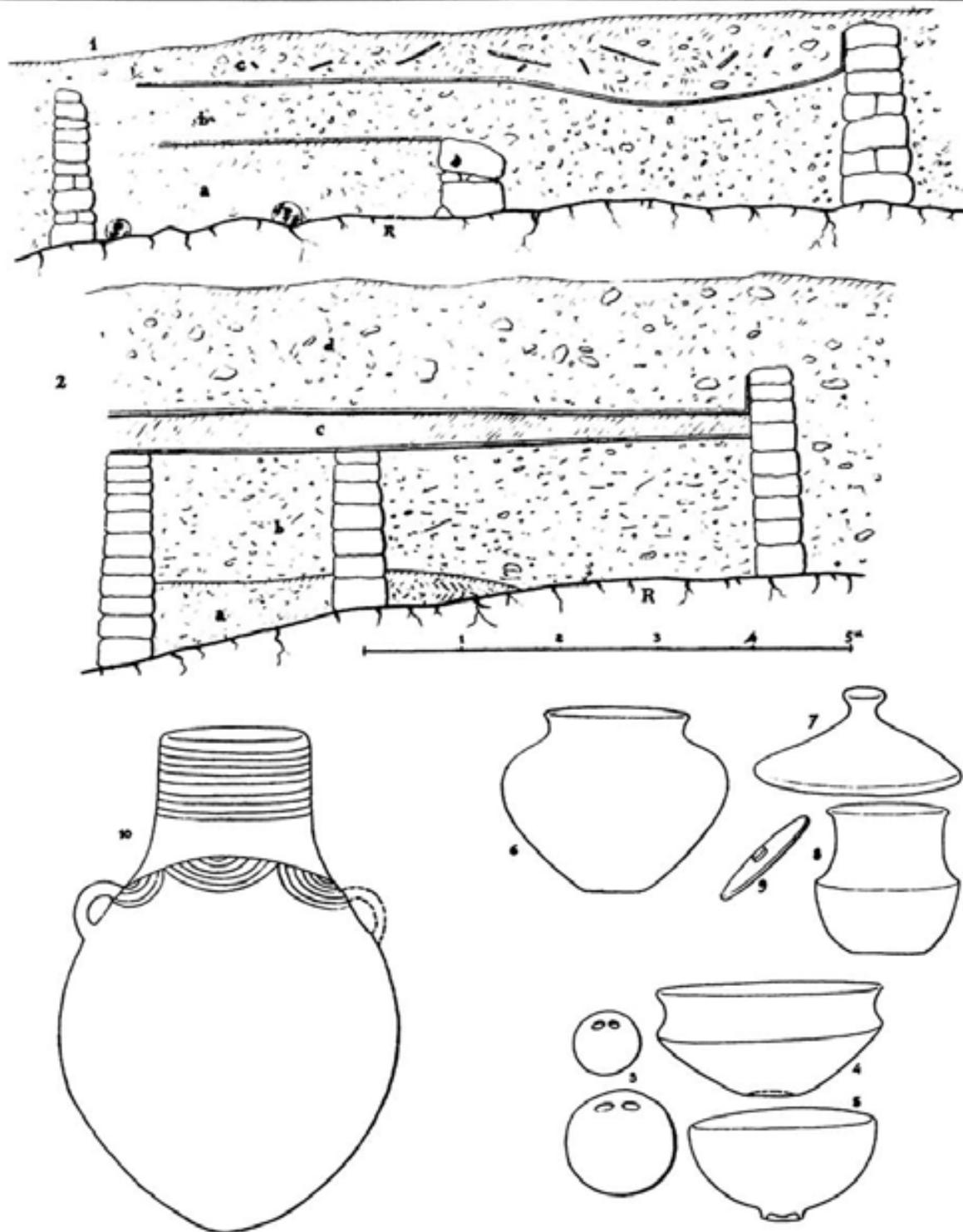
Las famosas murallas ciclópeas de la antigua ciudad son bien conocidas. El espíritu queda absorto ante un esfuerzo arquitectónico tan gigantesco.

El modesto y erudito director del Museo arqueológico de Tarragona señor Hernández Sanahuja, que ha hecho del estudio de esas ruinas el objeto de toda su vida, nos hizo los honores de la visita á ellas.

Hablaremos aquí solamente de dos cortes tomados del interior del recinto ciclópeo por el señor Hernández con motivo de los trabajos de cimentación de una construcción moderna.

El primer corte (Fig. 1 adjunta) permite distinguir varias tongadas de escombros, unas á otras sobrepuestas: en la inferior (*a*) se observan vestigios de un incendio; en ella se recogieron algunos pedazos de vasijas de barro, que nos parecieron hechas al torno, y una mandíbula de jabalí. Viene en seguida un pavimento griego; y á continuación una capa de tierra (*b*), que á su vez se halla cubierta por un mosaico romano.

¹ Los *Matériaux* (cuaderno de agosto de 1885) citan este descubrimiento, preguntándose qué clase de rosca es ésta; nosotros no la hemos visto, pero creemos que se trata de uno de esos tubitos de hueso estriados, como los que en gran número hemos encontrado; ignoramos igualmente qué instrumentos son esos de cobre puro.



- 1, 2. Cortes determinados en Tarragona (v. páginas 310 y 311). — R = roca firme.
1. a. terrenos muy antiguos, con vestigios de algún incendio: p. p. restos de vigas carbonizadas. — b. escombros separados de a. por un pavimento griego. — c. escombros romanos, pavimento hundido; restos de un revestimiento y de pinturas.
2. a. escombros antiguos — b. escombros etruscos — c. pavimento griego, suportando una tongada de arcilla apisonada — d. pavimento de mosaico romano, al que se sobreponen escombros romanos.
- 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Objetos procedentes del lecho a (corte 2). — Escala á un cuarto del natural — v. página 311.
10. Vasija encontrada en Pinell, ribera del Ebro. — Escala á un cuarto del natural — v. página 311.

El segundo corte (V. fig. 2) presenta, inmediatamente encima de la roca subyacente, una capa de tierra (*a*), en la cual se encontraron diversos objetos, como son: dos esferas de piedra de diferentes dimensiones, provistas de una pequeña orejeta obtenida por la convergencia de dos agujeros practicados en la piedra (V. fig. 3); vasijas de barro de color negruzco (V. figs. 4 á 9), que parecen hechas á mano, salvo la de la figura 4 que parece conservar señales de la rueda del alfarero. Sobre esta segunda capa obsérvase una segunda zona (*b*), que encierra fragmentos de cerámica etrusca; á esta zona se sobreponía un pavimento griego, que á su vez soportaba un delgado lecho de tierra arcillosa apisonada (*c*), cubierta por un mosaico romano; de la época romana datan igualmente varios de los muros que muestra el dibujo.

Los restos de la industria humana que provienen del nivel inferior de estos dos cortes se atribuyen por el señor Hernández á los Iberos, que serían los constructores de las murallas ciclópeas. Por desgracia, estos restos son sobrado escasos y bien poco característicos para que podamos compararlos con nuestros hallazgos.

Observamos además en el Museo de Tarragona:

Cuatro puntas de flecha de pedernal, de un trabajo esmerado, que proceden de Caleras y de Calaceite, distantes algunas leguas por el Noroeste de Tortosa: dicese que hay en aquellos parajes muchos pedernales labrados.

Un punzón de cobre ó de bronce.

Un anzuelo de bronce cuyo garfio está roto.

Una hacha pulimentada, hecha de una roca semejante á las de Parazuelos y de Zapata que ya hemos señalado (V. páginas 46 y 104). Esta hacha proviene de las orillas del Ebro, entre Tivenys y Cherta, á corta distancia de Tortosa.

Por último, la notable vasija que representamos en la figura 10; la pasta es roja, bastante basta y está trabajada á mano: una de las asas está rota: los dibujos que ostenta consisten en simples líneas en hueco. Esta especie de ánfora fué encontrada cerca de Pinell, orillas del Ebro.

En Villanueva, población situada en la costa, á poca distancia al Nordeste de Tarragona, se han explorado últimamente cinco sepulturas; encontrábanse á un metro setenta y cinco centímetros de profundidad, y hallábanse formadas con losas acopladas de modo que constituían verda-

deras cajas, de dos metros de largo por un metro de ancho; otra gran losa servía de tapa.

Estas tumbas han sido descritas por el P. E. Llanas en la *Crónica Científica* (Marzo de 1885).

Noticioso este arqueólogo del descubrimiento, llegó, por desgracia, al sitio cuando ya los trabajadores lo habían revuelto todo. Pudo salvar, no obstante, tres cráneos enteros, cuatro hachas pulimentadas de diorita, un punzón de hueso, dos proyectiles esféricos de pedernal, algunas cuentas de collar hechas con pequeños cilindros de diorita y varios pedazos de vasijas.

Estos objetos provenían del interior de las cajas.

En los alrededores de Gerona encontráronse también algunos objetos de cobre (?) que figuran en el Museo de aquella ciudad; parece que se ha indicado además la existencia allí de algunos monumentos megalíticos.

El centro de España es, al parecer, extremadamente pobre en prehistoria; contiene, sin embargo, la estación de Argecilla, que el señor Vilanova ha estudiado con detención, y que ha ofrecido particularmente hermosas puntas de flecha de pedernal, pero nada de metal.

Réstanos decir algunas palabras sobre los objetos prehistóricos españoles reunidos en el Museo de Madrid.

Los que se refieren á la época paleolítica son: una decena de hachas de pedernal y de cuarcita, procedentes de San Isidro (Madrid), Córdoba, Avilés y Lancia; un número igual de puntas de flecha de San Isidro, Albánchez (Almería) y Cáceres; unos ciento cincuenta pedernales tallados, hojas y núcleos de Asturias, Lancia, Cáceres, Diezma (Granada), Palma (Córdoba), Molinos de Viento (Almería), Isnalloz (Andalucía), Horcajo, Santillana (Santander) y otras procedencias desconocidas; por último, un pequeño número de huesos labrados.

Atribúyense al período neolítico:

Unas trescientas cincuenta hachas, azuelas, gubias, cinceles y cuñas, de anfíbol blanco, negro y verde, diorita, jade verde, afanita, basanita, eufotida, basalto, melafiro, pizarra, arenisca, yeso, hornablenda, tremolita, jaspe, pedernal, etc. Proceden de toda España, pero principalmente de Andalucía.

Ochenta piedras que han servido de percutidores, bruñidores, aguazaderas, majaderos, etc.

Algunos fragmentos de anillos, algunas perlas y algunos colgantes, un huso, cuatro colmillos de jabalí con escotaduras, una decena de instrumentos de hueso, un pedazo de peine, diversos fragmentos de madera y algunas astas de ciervo apuntadas.

La cerámica está representada por unas treinta piezas; la mayor parte de ellas proceden de Caniles, Alcudia, Guadix, Serón y Molinos de Viento, y formaban parte de la colección Góngora; los ejemplares más notables son las copas con pie, que hemos mencionado ya, debiendo atribuir las a la civilización correspondiente a nuestras estaciones más adelantadas; ninguna duda puede caber sobre este particular.

Lo mismo diremos de algunas vasijas ¹ recientemente adquiridas por el Museo; entre ellas figuran tres copas, que provienen de la Puebla de Don Fadrique, extremidad Nordeste de la provincia de Granada. Debemos a nuestro amigo M. Boeck dos puntas de flecha de cobre, del mismo tipo que las del Argar, y varias hachas pulimentadas de piedra procedentes de esta localidad. Debemos señalar igualmente tres piezas de cerámica de Ávila (colección J. Rodríguez) que parecen tener cierto parentesco con las de Fuente Álamo, etc., sin que podamos decidirlo con toda certitud.

Mencionemos también los siguientes objetos de metal:

Un *celt* plano de Somariegos (Ávila) y algunos otros de procedencia desconocida. Deben ser de cobre; su forma, por lo demás, es idéntica a la de nuestros ejemplares.

Algunos *celts* con cubo y con anillo de suspensión. Otro de forma de *palstave* con dos asas, proveniente de Baza, citado por el señor Góngora.

Catorce puntas de flecha de cobre, de procedencia desconocida.

Otra de Miranda de Ebro.

Una punta de dardo triangular, de origen desconocido.

Dos hojas con pasadores.

El Museo de Madrid posee además algunos objetos de oro que no podemos pasar en silencio, porque es posible que sean prehistóricos; su lugar de origen no es, por desgracia, bien conocido.

Citemos en primer lugar aquel hermoso anillo al que están suspendidas

¹ El catálogo del Museo las atribuye al período neolítico.

once espirales de oro, que ya antes comparamos con el de Fuente Álamo (V. pág 264).

Vienen en seguida siete pendientes formados cada uno por un hilo de oro enrollado de modo que constituyen de una á seis y medio espiras; el diámetro de la circunferencia interior varía de trece milímetros para la más pequeña á cuarenta y cuatro para la mayor; las dos extremidades del hilo correspondiente á aquélla se hallan enroscadas una con otra, recordando el sistema de cierre de la corona de la sepultura número 9 de Fuente Álamo; en las otras los extremos de los hilos de oro son puntiagudos y quedan libres.

Los objetos de oro que figuramos al lado de los precedentes podrían también ser considerados como prehistóricos. Existen además otros objetos de oro en el Museo, pero son más modernos.

Todas las piezas que acabamos de citar han sido recogidas por aficionados y cedidas al Museo ó adquiridas por éste; no hay, en rigor, ninguna que proceda de excavaciones metódicamente hechas.

Don Francisco Cánovas, catedrático del Instituto provincial de Murcia, ha logrado reunir una bella colección de hachas pulimentadas, la mayor parte de ellas de diorita, procedentes de los alrededores de Lorca (provincia de Murcia).

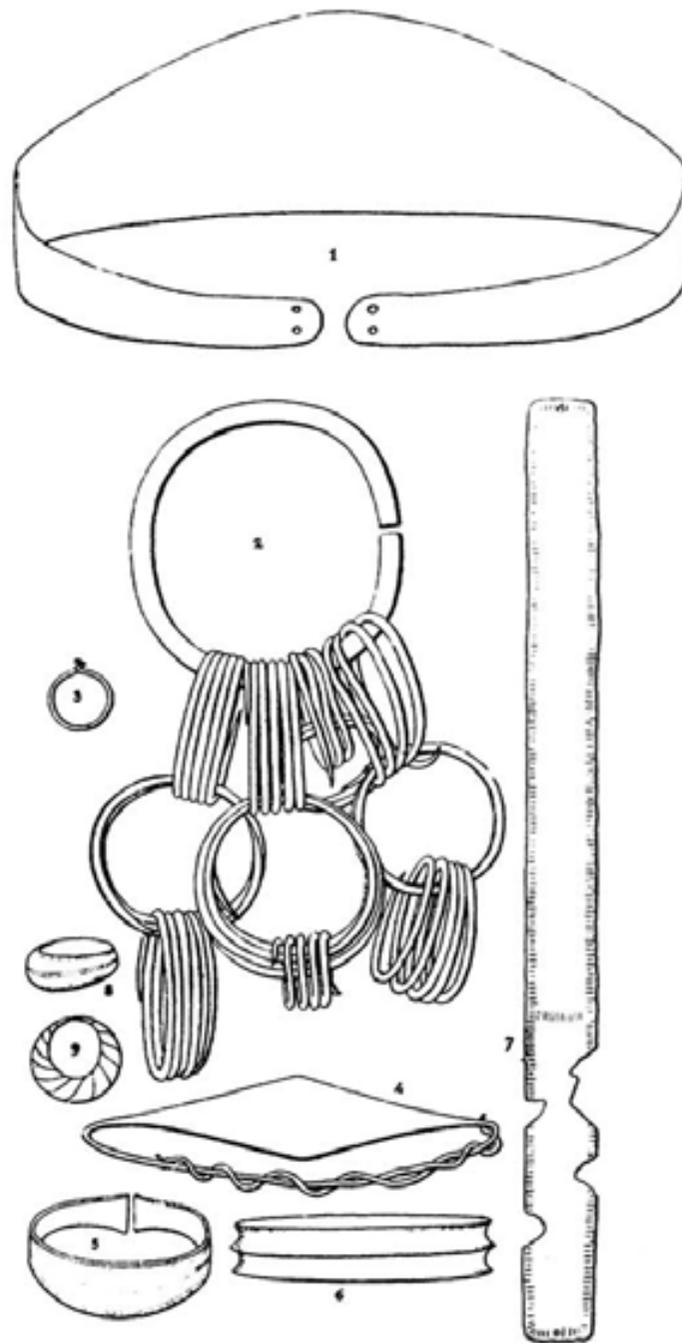
Como ya más arriba indicamos, nuestra enumeración no puede ser completa, porque hay en España descubrimientos y colecciones privadas que se desconocen casi del todo.

Ya se ha visto que la arquitectura dolménica abundó sobre todo en Portugal, es decir, á lo largo del Atlántico. En Andalucía, la región de los megalitos penetra en forma de punta en el interior de la Península; pero en el centro y en el Este no creemos que exista rastro de ella.

En el Castellet del Porquet (Valencia) cree ver el señor Vilanova un dolmen ó túmulo, mas para ello se atiene el docto profesor á la descripción del señor Plá que excavó el sitio hace ya muchos años, asiéndose, por lo demás, á algunas vagas expresiones, de las cuales se desprende que los recuerdos del señor Plá son bastante confusos.

Las galerías de Gatas de que hemos hablado no son monumentos megalíticos, en el sentido que se ha convenido en dar á esta frase.

La división de la Península en dos regiones, con dólmenes una y



1. Diadema de oro de la Cueva de los Murciélagos (Albuñol) — v. página 304.
2. Anillo de oro, al cual se hallan suspendidas once espirales de oro. Procede de Menjibar, Jaén (?) — v. páginas 264, 313 y 314.
3. Anillo de oro.
4. Diadema (?) de oro. Dos ejemplares casi idénticos.
- 5, 6. Brazaletes de oro; la sección del último está indicada en la extremidad izquierda por una línea de puntos.
7. Franja de oro.
- 8, 9. Sortijas de plata.

Los objetos figuras 2 á 9 se conservan en el Museo de Madrid — v. pág. 313 y 314.

La diadema n.º 1 es propiedad de D. Andrés de Urizar — v. pág. 304.

La fig. 7 está dibujada en escala un tercio del natural; las demás lo están todas en escala mitad.

desprovista de ellos la otra, parece exacta, pero ¿distingúense esas dos zonas con igual claridad por los caracteres de la industria humana en los tiempos prehistóricos?

Los descubrimientos hechos no son en bastante número para decidir la cuestión.

Las sepulturas de la Pernerá, Puerto Blanco y Palacés recuerdan las de Alhama (Granada) y de Villanueva (Cataluña).

Nuestras estaciones de Campos, Parazuelos, etc., sitas en la zona sin dólmenes, encuentran similares tuyas en Portugal (Lycea, Palmella, Castro Marim, colecciones Pereira da Silva) y en Andalucía, donde abundan los megalitos.

Los *celts* planos de tipo primitivo, de cobre y de bronce, existen en Portugal y en España, bien que en corto número hasta el presente. Lo mismo ocurre con las puntas de flecha.

Los vasitos de caliza, tan característicos, son comunes á Portugal y al Sudeste de España.

Hemos visto á nuestros primeros hombres habitando casas construídas con piedras cogidas con tierra: los sitios en que se ha demostrado la existencia de viviendas semejantes parecen muy raros en el resto de España; pero como esos muros desaparecen con mucha facilidad, no es posible deducir nada en definitiva de su ausencia.

Vemos, en suma, que nuestros caseríos neolíticos y de la edad de transición, no parecen distintos de las estaciones de la misma época que se encuentran en el resto de la Península.

¿A qué influencia es debido que en ciertas regiones se encuentren dólmenes y en otras no? La misma cuestión que en otra parte se ha suscitado: lo ignoramos.

Las estaciones de Ifre, Zapata, el Argar, Gatas, el Oficio y Fuente Álamo nos muestran un pueblo superior en civilización, que encontramos reducido á una zona muy limitada de la Península. Este pueblo se caracteriza:

Por la elección que hacía, para edificar sus caseríos, de colinas escarpadas, defendidas en parte por la naturaleza y en parte artificialmente por murallas de piedra trabada con tierra.

Por el uso más frecuente y el conocimiento mayor del cobre y del bronce

para la fabricación de las armas, de los útiles y de las alhajas, sin perjuicio del empleo frecuente del pedernal.

Por el conocimiento de la plata, empleada en la confección de objetos de adorno personal, armas y útiles.

Por notables objetos de cerámica, entre los cuales las copas con pie deben colocarse en principalísimo lugar.

Por la costumbre general de enterrar los muertos en grandes urnas de tierra cocida.

Por el uso de practicar las inhumaciones, así las que se hacían en urnas como las que se verificaban en cistos de piedra, en el interior de los caseríos y hasta en el suelo de las viviendas.

Por último y de una manera general, por un grado de civilización avanzado, que contrasta con la forma primitiva de las armas y de los útiles.

Mediante la rápida revista que acabamos de pasar á lo prehistórico español, podremos cuando menos determinar algunos puntos de referencia que deslinden la región que esta civilización ocupaba.

Hemos comprobado por nosotros mismos su existencia en una zona que se extiende á lo largo del Mediterráneo en una longitud de unos sesenta y cinco kilómetros y cuya parte media ocupa el límite entre las provincias de Almería y Murcia.

Al Oeste de esta comarca encontramos las copas de Alcudia que más arriba citamos. Alcudia se halla situada cerca de Guadix, en la provincia de Granada, y á cuarenta kilómetros al Este de esta capital. Ignoramos las circunstancias que acompañaron al hallazgo, pero es verdaderamente característico.

Más allá de Alcudia, hacia el interior, penétrase inmediatamente en la región de los dólmenes, que ha sido visitada sobre todo por el señor Góngora.

Más acá de la misma población, Caniles (V. nuestro mapa) nos dió otra copa; su origen prehistórico nos parece cierto, debiendo provenir de una estación análoga á las nuestras.

Lo mismo decimos de las copas de la Puebla de Don Fadrique (cerca de Huéscar, al pie de la Sagra). No se tienen detalles ningunos acerca del sitio de que proceden, por haber sido llevadas al Museo de Madrid por un campesino.

Al Nordeste de nuestras estaciones no podemos señalar otro hallazgo que el de una pequeña vasija encontrada en los alrededores de Cartagena; separadamente de esta noticia, ninguna más poseemos sobre su origen. La pasta así como la forma del objeto son idénticas á las de multitud de ejemplares encontrados en los caseríos que hemos explorado.

Tales son, trazadas á grandes rasgos, las actuales fronteras de la región en que esta civilización particular ha sido reconocida.

Confesamos desde luego que los descubrimientos hasta aquí hechos son bien poco importantes para deslindarlas; con todo, las obras de alfar en que nosotros nos apoyamos tienen con las de nuestras estaciones similitud tan grande que bastan por sí solas para llegar á la conclusión que buscamos; y por otra parte nuestra intención no es otra que la de fijar las ideas; entre estos puntos de referencia la línea podrá resultar sinuosa, y aun es probable que se encuentren estaciones que la hagan retroceder, pero no creemos que este retroceso se extienda á considerables distancias.

¿Es posible creer que, si este pueblo hubiese existido en los alrededores de Valencia, de Tarragona, de Barcelona, de Granada ó de Sevilla, países más poblados actualmente que la comarca de que se trata, no hubiese quedado de él ningún vestigio, ó que los que pudieran quedar hubiesen pasado casualmente desapercibidos hasta hoy día?

¿Es posible suponer que, por una suerte inexplicable, á nosotros solamente nos estuviera destinado el encontrar, en el espacio de algunos kilómetros cuadrados, seis caseríos, mil trescientas tumbas, más de diez mil objetos de piedra, hueso, barro, cobre, bronce, plata, oro, etc., si en otras provincias de España más habitadas en la actualidad hubiese también estaciones de este género, aun cuando su agrupación fuera mucho menos densa? Esto es muy poco admisible.

Ya indicamos, por otra parte, el motivo de aislamiento del pueblo en cuestión en una parte del Sudeste de España: la plata nativa de las Herrerías: no tenemos por qué insistir nuevamente en ello.

Se ve, por consiguiente, que no solamente el hecho de este verdadero isleo prehistórico está comprobado por los hallazgos realizados, sino que la razón del mismo aparece sencilla y natural, revelada por los mismos descubrimientos.

CAPÍTULO II

INVESTIGACIÓN DE LOS ORÍGENES.

TRES civilizaciones distintas han pasado sucesivamente ante los ojos del lector.

La primera data de la edad de piedra; en ella pueden verse dos etapas, muy próximas, sin embargo, la una de la otra, correspondiendo la más antigua á la industria de los Kjœkenmoeddings portugueses y la más reciente á la neolítica; ésta, á la manera de un horizonte geológico universal, presenta en todos los países caracteres comunes. Ciertos indicios nos hacen atribuir esta comunidad, en nuestro caso, á mutuas relaciones entre esos pueblos más bien que á un paralelismo general en la marcha del progreso.

La segunda civilización es transitoria. Puede caracterizarse este período por los tres hechos siguientes:

1. Empleo general de una gran parte de los utensilios neolíticos, y en particular de los cuchillos y puntas de flecha de pedernal.
2. Perfeccionamiento de varias ramas de industria. El arte de construir se transforma: constrúyense buenas viviendas, no ya chozas. El arte del alfarero, en el que el hombre de Tres Cabezas mostraba ya cierta experiencia, continúa mejorando.
3. Aparición simultánea de hábitos y de objetos enteramente nuevos,

produciendo una verdadera revolución en las costumbres:—junto con las alhajas de bronce venidas de lejos, los primeros útiles de cobre fabricados en el país;—las perlas de cornalina;—la incineración de los difuntos de cierta clase y la colocación de sus cenizas en urnas cinerarias, á veces decoradas.

El primero de estos hechos muestra á las claras que nos hallamos al fin de los tiempos neolíticos y que el pueblo de Campos debía ser el que poseía el territorio en la edad de la piedra pulimentada, antes de que se hiciera sentir la influencia extranjera.

Por el tercer carácter se comprueba la intervención de un pueblo mucho más adelantado que el indígena; éste se pule en contacto con el extranjero: recibe sus lecciones en el arte del alfarero y en la construcción de viviendas; aprende de él á extraer el cobre de la tierra y á quemar sus muertos; y se engalana con joyas preciosas traídas de fuera.

¿Quién es ese civilizador?

«La urna, dice Rougemont ¹, parece haber sido desconocida de los Egipcios y de los Semitas, pueblos del pasado que habían permanecido fieles á la antigua inhumación. Es con especialidad aria, indo-europea, jafética». Trátase aquí de la urna cineraria.

El doctor Sophus Müller, en su estudio sobre el origen de la edad del bronce en Europa, dice ²:

«Tampoco entre los Fenicios los cuerpos eran quemados, sino que se los enterraba en féretros que tenían la forma del cuerpo humano. A las costumbres funerarias de la antigua civilización griega pertenecen, por el contrario, como muy bien se desprende de los poemas homéricos, la incineración de los cuerpos, las urnas y los túmulos».

Más lejos aún (pág. 107) leemos:

«La ornamentación formada sirviéndose de la línea recta puede seguirse, más allá de Italia y á través de Europa, hasta la Escandinavia, en la serie de los depósitos de tiempos más recientes que aquel en que dominaban la espiral y la línea curva; y es digno de notarse que con la adopción de esta ornamentación, importada de Grecia hasta en el Norte, establé-

¹ *L'âge du bronze ou les Sémites en Occident*, pág. 83.

² *Matériaux*, 1886, pág. 25.

cense nuevos usos funerarios: la incineración de los cuerpos y la colocación de urnas en lugares de enterramiento comunes á todos y bajo túmulos».

Si estos hechos pudiesen generalizarse, tendríamos que descartar á los Semitas como importadores del primer bronce en España y deberíamos volver los ojos á Italia, Grecia y las regiones situadas hacia el Nordeste mediterráneo. Nos inclinamos tanto más á esta idea cuanto que la forma de las urnas cinerarias de Qurénima, Caldero de Mojácar, etc., ha tenido un desenvolvimiento espléndido en Italia y en Austria. Volvemos á encontrar los mismos contornos y los mismos dibujos, pero con una profusión y una elegancia incomparablemente superiores, en las necrópolis *hallstacianas* de esos países. Para que el lector pueda mejor apreciarlo, reproducimos al fin de este capítulo algunas de estas vasijas.

Anteriormente hicimos notar la curiosa semejanza de los ídolos que M. Schliemann ha encontrado en Troya con el objeto de la Pernerá, así como la analogía entre el hueso plano labrado de Campos y otros objetos de hueso de Troya.

Igualmente pondremos en parangón otro objeto de Campos con una asa que representa M. Chantre (Necrópolis *hallstacianas* de Italia y de Austria, *Matériaux*, 1884, pág. 134), perteneciente á una vasija del túmulo de San Margarethen, y con otras piezas análogas de vasijas de Hanaï Tepeh.

La fundación de Sagunto, doscientos años antes de la guerra de Troya por los Zacintios, mediante además el concurso de los pueblos establecidos en Italia que tenían con ellos comunidad de origen, prueba la existencia de relaciones entre Grecia, Italia y España, que databan de épocas bastante más lejanas que la fecha de aquella fundación¹.

Es sabido que el comercio de la plata fué una de las causas, si no la principal, del esplendor de Sidón y de Tiro, y que España era el más importante y acaso el único manantial respetable que surtía de este metal. Después de lo que dijimos sobre las minas de plata nativa de nuestra región, parécenos que nos asiste sobrado derecho para creer que precisamente en la costa que exploramos es donde aquellos antiguos navegantes

¹ La antigüedad de estas relaciones ha sido demostrada por Petit Radet en su *Mémoire sur les origines des plus anciennes villes de l'Espagne* (Memorias del Instituto Real de Francia. Academia de inscripciones y bellas letras.—Tomo VI, 1822).

venían á hacer sus provisiones. Ninguna otra parte de España responde como ésta á los datos de la tradición y de la historia.

Así, el período de Campos debería referirse á los siglos que precedieron á las atrevidas expediciones de los primeros dueños del mar; pues únicamente después del descubrimiento de la plata y de su empleo por los indígenas pudieron los Fenicios conocerla y venir á traficar con ella.

La rareza del estaño en la época siguiente nos conduce de igual manera á creer que en esa remota fecha el comercio del estaño de las Casitéridas no llevaba todavía á los mercaderes hacia la parte occidental del mar interior. Por otra parte ¿no cabe presumir que se transportaba la plata de Iberia mucho antes que el estaño de las Casitéridas? El primer metal es más precioso y el camino para llegar á él mucho más seguro y corto.

Todos estos hechos merecen ser tenidos en cuenta; pero tengamos paciencia, que otros más numerosos vendrán á hablarnos con lenguaje irresistible.

Conviene recordar algunas particularidades concernientes á las relaciones entre los indígenas y los extranjeros. Estos sólo dieron á aquéllos algunas alhajas de bronce: hasta el presente ninguna arma de este metal hemos encontrado en la edad de transición. Una extremada afición de los pueblos primitivos por el personal atavío puede dar la explicación de este hecho: ya vimos cuán recargado de adornos se nos presentó el hombre neolítico de Palacés; pero hay lugar á creer también que los comerciantes dejarían con toda intención á los habitantes del país en cierta inferioridad respecto de ellos, guardándose de poner en sus manos armas temibles que un día pudieran volverse contra los mismos que se las habrían entregado.

Los nuevos hábitos no se han generalizado necesariamente desde su aparición: los objetos preciosos no han penetrado en todas partes. Hay que contar, por lo tanto, con que han de encontrarse yacimientos, casas ó sepulturas, pertenecientes á este período de transición, en los que, ó bien la incineración no se practicase, ó bien no se descubran más que pequeños vestigios de la nueva metalurgia. Precisamente las tumbas de Cruz de Antas y de Puerto Blanco responden á esta presunción, pudiendo datar de los mismos tiempos otras que presentan un ajuar puramente neolítico.

Es lícito suponer, por último, que debían ser amigables las relaciones entre indígenas y recién venidos, puesto que las costumbres de estos últimos se han introducido en el país juntamente con los objetos de valor que los mismos llevaban. Ignoramos hasta qué punto podría verificarse una mezcla de razas. De todos modos, lo cierto es que en la época siguiente vemos desaparecer los hechos que nos han demostrado la influencia extranjera sobre el hombre de Campos.

En la época del Argar, que llamaremos *argariense*, así como apellidaremos *argaro* al hombre de este período, cesamos, en efecto, de encontrar: la incineración de los muertos;—los brazaletes ovalados de bronce;—las perlas de caliza y de cornalina.

La inhumación vuelve á ser el único rito funerario, como en los tiempos neolíticos. Los brazaletes son redondos, y á menudo de cobre. En cuanto á las perlas, vuelven á emplearse para ellas las piedras blandas.

Sin embargo, como debía esperarse, el Argaro se aprovecha de las invenciones venidas anteriormente de fuera, y aun las perfecciona, adaptándolas á sus hábitos y á las necesidades locales. Le hemos visto construyendo acrópolis bien defendidas, fabricando armas, útiles y adornos de bronce, y sobre todo de cobre, producto del país, descubriendo la plata, labrando soberbias piezas de cerámica, etc., etc.

La proporción que los objetos de bronce guardan con los de cobre es menor en el Argar que en Campos. Hagamos, con todo, notar que en la época de Campos los objetos de bronce consisten en alhajas de pequeñísimo volumen, mientras que en el Argar se saca mejor partido de este bronce empleándolo en las armas. La espléndida civilización argariense es muy superior á la de Campos, y no porque haya un poco menos de estaño en sus brazaletes y éstos sean redondos, en vez de ovalados, dejará el Argaro de estar muy por encima del hombre de Campos. Lo hallamos de nuevo, con la espada á su lado y la frente ceñida de plata, descansando en el féretro que sus manos han fabricado, cobijado por el mismo techo que abriga á sus hijos. Con sobra de datos lo hemos presentado en el curso de esta obra, alcanzando un grado de civilización sorprendente para aquel lejano pasado; y si su nombre no ha pasado á la historia es porque la fuerza brutal de un enemigo más fuerte aniquiló su raza.

Fáltanos examinar qué es lo que, en esta marcha ascendente, se debe

al genio nacional y lo que se deriva de las relaciones con el exterior, como también investigar el origen de las nuevas costumbres y de la primera materia de los útiles.

¿De dónde venía el estaño en la época argariense? Existen aún yacimientos del mismo en España. No hay por qué recurrir, pues, á las relaciones con otros países para explicar su presencia. Diodoro cita el estaño como producto del país, pero sus noticias carecen de precisión.

Es probable que el bronce se fundiera en la localidad y que no fueran ya objetos trabajados los que se importaban; por otro lado, el estaño parece haberse hecho más raro. Ha debido haber, pues, modificaciones profundas en el comercio de este metal; un origen diferente del estaño podría explicar cómo la importación del bronce disminuía en los momentos mismos en que el indígena encontraba cerca de él un elemento de cambio de gran riqueza. Nos referimos á la plata de las Herrerías.

¿A quién se debe el descubrimiento de la plata? Parécenos natural admitir que el indígena, yendo en busca de minerales de cobre, ha debido encontrar en la superficie misma del suelo, ó á pequeñísima profundidad, algunos pedazos de plata brillante, que inmediatamente habrá transformado en objetos de adorno, sea batiéndolos con el martillo, sea fundiéndolos. Poco tiempo, sin embargo, habrá gozado en paz de su descubrimiento, porque de ese momento datan, según todas las probabilidades, las luchas y las guerras que obligaron á la construcción de castros ó caseríos fortificados; nuestro pueblo se retira detrás de sus murallas, defiende la riqueza de su suelo contra la codicia de sus vecinos ó de los mercaderes venidos de fuera; á esta hostilidad, á este aislamiento debemos, sin duda, el carácter particular de la civilización argariense. El miedo al enemigo, como repetidas veces hemos dicho, ha presidido á todas sus construcciones; él es el que ha forzado al habitante de nuestras acrópolis á compartir su techo con sus muertos; y á él debemos la preservación de tantos y tan preciosos restos.

En el capítulo de la plata hicimos observar la sorpresa, muy legítima en verdad, causada por el conocimiento de este metal en el Asia Menor, desde la más remota antigüedad, en ausencia del plomo. Es también sabido que en esas lejanas edades los Fenicios hacían el comercio de la plata; «lo compraban á vil precio en Iberia, y adquirían luego grandes

riquezas importándolo en Grecia, Asia y todos los demás pueblos» según nos dice Diodoro (Lib. V, XXXV).

¿Sería ésta, por ventura, la clave del enigma? Sabemos por testimonios superabundantes que la plata de España, la plata nativa de las Herrerías verosímilmente, llegaba al Asia Menor. ¿No estamos en nuestro derecho preguntándonos si no sería éste el principal, el único origen acaso de la plata de Troya, como también de los tesoros de este metal allegados por Salomón y del que se conocía desde Abrahán?

Podríamos tal vez ir más lejos, creyendo que el primer descubrimiento de la plata es debido á los habitantes de nuestra región, que en tal caso hubieran con justo título pasado á los ojos de la antigüedad clásica como un país extraordinario, como la cuna de la plata, á la vez que tendrían fácil explicación las maravillosas fábulas que envuelven las primeras tradiciones relativas á España. La plata, tan abundante en Troya, apenas si es mucho más reciente que la edad de la piedra; pues, de la misma manera que en el Argar, encuéntrase en Hissarlik groseras sierras de pedernal al lado de diademas de oro y de numerosos objetos de plata. En el curso de esta obra hemos señalado de sobra la analogía de nuestros descubrimientos con los de Hissarlik; estas analogías, en conjunto, son patentes, y no puede menos de concluirse que los dos pueblos corresponden á una fase industrial muy parecida; el Argar, sin embargo, es más primitivo que el Troyano y probablemente más antiguo; hay en el primero más sencillez, menos estudio en la confección de las alhajas y de las obras de alfar. Por lo demás, M. Schliemann hace observar que en las ciudades más antiguas de Hissarlik el gusto en los objetos de barro es más puro que en las siguientes.

M. Bourguignat ha excavado un campo de dólmenes en Roknia, cerca de Guelma (Argelia), conteniendo un millar de estos monumentos próximamente. Las sepulturas tienen de un metro á un metro veinticinco centímetros de largo, de cincuenta á setenta y cinco centímetros de ancho y de sesenta á ochenta de alto; los cuerpos están encogidos, con los brazos cruzados. Junto á la cabeza tenían los hombres colocadas una ó dos vasijas. Las alhajas consisten en sortijas y brazaletes, que se formaron con hilos de bronce arrollados; una de las sortijas se hallaba constituida por una planchita de bronce arrollada; unas espirales servían de cuentas de collar.

Dos sortijas deformadas son de hilo de plata conteniendo $\frac{1}{2}$ por 100 de oro, lo que induce al autor á creer que estaban doradas. El estudio de los cráneos le prueba al sabio explorador que los ricos, los poderosos, son Arios, dominando entre los demás los Bereberes y los Kabilas. Supone este autor que las sortijas de plata habrían ido á parar allí por las vicisitudes del comercio. Roknia ofrece con el Argar singulares analogías, tales como: la pequeñez de los féretros; la disposición de los recintos funerarios, que recuerda la que tienen las viviendas; la posición que guardan los muertos; la forma de los aderezos; la presencia de la plata: veintiocho dólmenes excavados han dado dos objetos de plata. Esta proporción puede compararse con la que resulta de nuestros trabajos. Los objetos de alfar difieren de los nuestros.

Acaso podamos precisar esas vicisitudes del comercio de que habla M. Bourguignat, sentando que la plata de Roknia viene de nuestra provincia Argara. El sabio explorador, por el examen de las conchas terrestres que yacen en los dólmenes, llega á dar á éstos una antigüedad de dos mil doscientos años antes de J.-C. Esta fecha no es incompatible con el origen argariense de la plata.

Pero, en medio de todo, no distinguimos nada que nos pruebe que los habitantes de la provincia Argara llegaron al grado de cultura que hemos podido ver por efecto de influencias extranjeras. Lejos de esto: los pueblos de Oriente, del Mediterráneo y de las costas de África se habrían enriquecido con los despojos de la civilización argara. A la riqueza del suelo debió ésta su origen y desenvolvimiento; y á ella misma debió probablemente su caída.

Esta civilización ha podido admirarse principalmente en las mil trescientas sepulturas de nuestra edad del metal. El género de inhumación adoptado en este período es tan particular que no podemos menos de compararlo con los de otros países.

Las urnas de inhumación vuelven á presentarse en ciertos casos, bastante raros por otra parte, sobre todo en Europa.

El abate Morelli ¹ encontró en Borgio-Verezzi, estación del ferrocarril próxima á Pietra Ligure, un esqueleto humano encerrado entre las dos

¹ *Matériaux*, 1886, pág. 204.

mitades de una ánfora gigantesca, con la cabeza colocada en el fondo y las piernas sobresaliendo del cuello de la vasija en toda la longitud de las tibias, protegidas por pedazos de otra vasija más ventruda.

En el Congreso celebrado por la Asociación francesa en Grenoble ¹, M. Teisserenc de Bort habló de sus excavaciones hechas en los alrededores de Biskra (África), en las cuales halló jarras de grandes dimensiones, encajadas dos á dos las unas dentro de las otras, sirviendo de tumbas. La punta rota de una jarra viene introducida en otra abierta de igual modo por el vientre. El cuerpo que debía sepultarse se introducía en estas dos jarras: la cabeza y el tronco en una y las piernas en la otra. La abertura de las jarras se cerraba con una especie de embudo, que seguramente provenía de una de las dos urnas rotas. Las osamentas encuéntrase mal conservadas y envueltas en una tierra arcillosa muy dura, acarreada allí por algunas filtraciones de agua. Ni metal ni objetos de cerámica acompañan á los esqueletos. La extensión de esta necrópolis es de veinte hectáreas á lo menos. En otro punto de los Zibaus se ha encontrado, hace algunos años, una necrópolis de este género; pero allí hay tres órdenes de jarras superpuestas y encima de ellas ataúdes hechos de una madera resinosa que parece ser tuya.

«En la aurora de los tiempos históricos ², los Caldeos colocaban los cadáveres en una vasija de barro. Dos vasijas unidas por el gollete y cogidas con betún venían á constituir la última morada del hombre. Las excavaciones hechas en el palacio de Nabucodonosor han puesto también de manifiesto cuerpos replegados sobre sí mismos y encerrados en vasijas de sesenta y seis centímetros de alto por cincuenta y cuatro de ancho. Estas singulares inhumaciones se presentan de nuevo en el Perú, en el Quersoneso de Tracia y al pie de la colina en que existió Troya. El túmulo de Hanaï Tepeh encerraba un esqueleto encogido dentro de una vasta ánfora, gustando los japoneses ricos de destinar para su postrer descanso enormes jarras, que son obras maestras de la alfarería indígena; otros, más pobres, adoptan por ataúd un simple tonel y, ora se les inhume, ora se les coloque sobre una hoguera, es siempre en ese estrecho espacio donde se acomoda

¹ *Matériaux*, 1884, pág. 414.

² *Les premiers hommes et les temps préhistoriques*, por el marqués de Nadaillac, II, pág. 232.

el cadáver, con la cabeza baja, las piernas dobladas sobre el cuerpo y los brazos cruzados sobre el pecho».

«Junto á las fuentes del Parahiba (Brasil) ¹ se ha descubierto recientemente una cueva de unos ciento cincuenta metros de longitud por quince de anchura, la que se abre á continuación de otra cueva también natural. De las paredes colgaban osamentas y pieles de bestias fieras, flechas y plumas, á no dudar trofeos de guerra ó de caza de esos hombres cuyos huesos descansaban en inmensas urnas sepulcrales, hechas de barro secado simplemente al sol».

«El enterramiento en grandes urnas ó jarras ha quedado limitado á ciertas poblaciones del Nuevo Méjico y de California; urnas semejantes se han encontrado en Nicaragua ²».

Diodoro nos cuenta que los habitantes de las islas Baleares seguían en el enterramiento de sus muertos una costumbre extraña, enteramente desconocida de los demás pueblos: depositaban el cadáver en una urna, comprimiendo sus miembros á fin de que cogiera en ella, y formaban luego encima un gran montón de piedras. Esta similitud de procedimiento es seguramente de lo más curioso que podemos señalar.

Nada de cuanto precede nos autoriza á creer que la costumbre de enterrar los muertos en urnas haya sido importada á España por un pueblo extranjero. Nadie se ha encontrado en condiciones más favorables que el Argaro para inventar este sistema. La costumbre indígena era la inhumación. Aislándose los vivientes en moradas distintas y constituyéndose entre ellos diversas clases sociales, cada familia guardaba sus muertos. El miedo al enemigo exigía que los enterramientos se hicieran en los mismos caseríos. La estrechez de las colinas en cuyas cimas debían guardarse obligaba á aquellos hombres á ingeniarse en busca de una sepultura reducida, cómoda y fácil de cerrar, puesto que toda la superficie estaba ocupada y era preciso compartir el sitio con los difuntos.

¿Es de extrañar que se les ocurriera la idea de encerrar el cadáver en una jarra, ataúd de tierra cocida que respondía á todas las exigencias

¹ De Nadaillac, op. cit., II, pág. 231.

² *Nouvelles contributions à l'étude des cérémonies mortuaires chez les Indiens du Nord-Amérique*, por el doctor H. C. Tarrow (*Matériaux*, 1882, pág. 582).

de la situación? La primera idea de estas urnas ha podido surgir á la vista de las vasijas cinerarias empleadas en la época precedente, siendo su realización debida á la gran habilidad de los alfareros.

Debemos preguntarnos ahora si no nos proporciona la cerámica algún hilo conductor para ayudarnos á encontrar los orígenes de nuestra civilización.

Para responder á esta pregunta nos fijaremos tan sólo en las copas con pie, única forma bastante típica para atraer la atención.

En Troya, M. Schliemann ha desenterrado un gran número de pies de copa, pero la vasija entera jamás. Esos pies de copa tienen tres ó cuatro agujeros, y son más cortos y más gruesos que los nuestros, de los cuales se separan por estos caracteres. Una verdadera copa, ó cubilete, provista de una asa, bien que difiriendo por su forma de la generalidad de nuestros ejemplares, se aproxima con todo á la del único que poseemos del Oficio (V. más lejos el diseño del de Hissarlik).

El mismo autor cita tres copas del Museo del Louvre, encontradas en la isla de Rodas: una de ellas posee una asa, las otras tienen dos; otra encontrada en Atenas, una de Zaborowo y una de Pilin. Declara además que no existen otras, que él sepa, á no ser las que han sido encontradas por él mismo en Micenas y en Tirinto y los cuatro ejemplares del Museo de Madrid (estas últimas pertenecen á la civilización argariense).

En el Museo de Saint-Germain en Laye hemos visto los dibujos de unas copas encontradas en un túmulo del bosque de Haguenau, por los cuales se ve que aquéllas son de forma complicada y están además ornamentadas.

Copas semejantes á las nuestras, algo más pequeñas y más gruesas, se han encontrado en las mesetas de la Somma (Lombardía): á no ser por el pie, que es más corto, la analogía fuera completa. Estas vasijas son de la época del hierro (*Matériaux*, t. II).

M. Chantre, en su estudio sobre algunas necrópolis *hallstacianas* de Austria y de Italia (*Matériaux*, 1884, pág. 14), cita copas encontradas en las tumbas de Este. La parte superior de estas vasijas parece idéntica á la de las nuestras, pero el pie es mucho más largo. Dibujamos estas copas más adelante.

Ni más ni menos que para la inhumación en ánforas, tampoco aquí

encontramos vestigios de pueblo alguno que haya importado entre nosotros la copa con pie.

Que el pueblo argaro haya dado á sus barros una curva tan pura y tan elegante podrá parecer asombroso, pero ¿es acaso éste el primer motivo de admiración que encontramos en esa nación olvidada de la historia? La única deducción que de aquí puede sacarse es que debemos prestar tributo de veneración al sentimiento artístico de aquellos antiguos alfareros. Por lo demás, todas sus vasijas llevan un sello de elegancia innegable: algunas tienen formas, por decirlo así, fatales, ó impuestas por el uso á que se destinaban, pero siempre el buen gusto ha presidido á su confección para darles un corte gracioso y proporcionado; tipos semejantes encuéntranse ciertamente en otras partes, mas no vemos en esto la prueba de una influencia extranjera directa. Es sabido que, con la edad del bronce, aparecen en Europa, y particularmente en los lagos de Suiza, las obras de alfar elegantes, de fondo puntiagudo y de pasta fina, revestida de una bella superficie negra. Los barros del Argar se ajustan bastante bien á esta descripción, pero la aparición de este hecho data de la época de Campos, y también aquí coincide con la primera aparición del metal. Asunto es éste de gran importancia desde el punto de vista del origen del bronce, mas no con respecto al desenvolvimiento de la civilización argariense.

Los dibujos hechos en el fondo de las copas han sido ya citados en nuestras descripciones, y se recordará que consisten en cruces ó estrellas de tres radios, con círculos concéntricos en medio; á ellos debemos agregar la especie de estrella de cinco brazos trazada de relieve en la punta de la vasija de Parazuelos y rodeada de un filete circular, así como el aspa de la Pernerá, que recuerda en cierto modo una cruz. Los adornos en forma de cruz son frecuentes en la alta antigüedad. No estudiaremos, sin embargo, aquí esta cuestión, contentándonos con citar dos ejemplos.

M. Schliemann ha encontrado esta clase de adornos en el fondo de dos copas y en los husos de Hissarlik, pero van acompañados de otros que forman tres ó cinco radios y á veces más. Vemos también en sus descripciones una cruz sin cabeza, con sólo tres brazos, en vez de cuatro.

M. Cartailhac, al hablar de las excavaciones del señor Martins Sarmiento en la *Citania* de Briteiros, dibuja varios ejemplares de cruces, de *swastikas*; entre ellos y sin que se distinga de los demás bajo otros aspectos, vemos un adorno con tres radios. ¿Es también simbólico este último, ó bien nos indica que los de cuatro brazos son simples motivos de decoración, más frecuentes porque son de ejecución más fácil? Esta cuestión puede, en todo caso, suscitarse con respecto á nuestros vasos argarienses, pero nosotros no la resolveremos.

El adorno de las vasijas de barro mediante dibujos en hueco sobre su cara exterior es cosa excepcional en el Argar; de suerte que, si se parte del supuesto de que esta clase de ornamentación es debida á una influencia procedente del exterior, como nos parece muy probable, hay que reconocer una vez más que esta influencia había cesado casi por completo en la época argariense. En esta época desaparece la afición á decorar las vasijas, siendo reemplazada por un mayor estudio de la belleza de las formas por sí mismas; y ésta viene á ser una nueva prueba del sentimiento real y profundo de la verdadera elegancia que animaba á aquel pueblo y uno de los hechos más característicos en la civilización que estudiamos.

Otro tanto podemos decir de las diademas de plata, siendo digna de señalarse la semejanza de su perfil con el de las copas.

Entre las formas de armas y de instrumentos, sólo una, la alabarda, nos ofrece un tipo especial. Dice M. Evans en su *Age du bronze*, pág. 292:

«He hablado ya de las alabardas de la Escandinavia y de la Alemania del Norte, pero no conozco más que un ejemplar que proceda del Oeste de Europa. Pertenece á España y ha sido encontrado cerca de Ciudad Real. Esta hoja tiene unos doscientos diez milímetros de largo. En su base se aproxima más á la forma de una T que nuestros ejemplares ingleses, puesto que pasa bruscamente de cinco á doce centímetros de ancho. Esta parte es la que lleva los tres pasadores ordinarios, de unos veinticinco milímetros de largo cada uno. El descubrimiento de este tipo de arma en España parece dar la razón á los que afirman que los Iberos tenían relaciones con los primitivos habitantes de Irlanda. La curiosa semejanza de ciertas formas de puntas de flecha y de venablo de pedernal encontradas en Portugal con las de Irlanda merece también ser señalada». Por

nuestra parte, añadiremos á esto el hecho de la frecuencia con que los *celts* planos de cobre se presentan así en Irlanda como en España.

Si es cierto que las alabardas y los *celts* planos de los dos países tengan algún lazo de parentesco, las armas irlandesas podrían derivarse de las españolas.

En *Les Palaffittes* de Desor hallamos figurado un puñal que, á juzgar por el dibujo, ofrece analogías con nuestras alabardas.

Las espadas, á causa de su longitud, son de difícil fabricación; hay en la concepción misma de su forma un atrevimiento sorprendente; y parece como que deben ser imitadas de las que el Argaro ha visto en manos de otros pueblos, amigos ó enemigos. ¿Sería acaso con los golpes terribles que de ellas recibiera como aprendió á fabricarlas? No parece temerario creer que la alabarda, arma mucho más fácil de hacer y que exigía menos cantidad de metal, sobre todo de estaño, haya nacido de estas luchas para responder á los ataques de la espada tan superior del enemigo. ¿Las espadas, raras en número, serían, por ventura, un botín de guerra?

¿Las perlas de pasta vítrea se fundieron en la misma localidad ó fueron importadas? M. Evans las señala idénticas en la Gran Bretaña y en su presencia ve la prueba de relaciones existentes con las playas del Mediterráneo. ¿Permitirían tal vez las de Fuente Álamo precisar un tanto esta cuestión? ¿No podrían también formar parte del botín conquistado en las luchas que con toda seguridad ha habido y de cuya frecuencia nos dan testimonio las fortificaciones y los incendios de las casas?

Resumamos:

El bronce y junto con el bronce el conocimiento de la metalurgia han sido importados en el Sudeste de España por un pueblo que quemaba sus muertos. Si debiésemos atenernos á las opiniones generales sobre la incineración, ese pueblo sería ario, y el origen de la metalurgia en nuestro suelo estaría íntimamente ligado con la edad del bronce europea.

En una época que, con aproximación de algunos centenares de años, podría fijarse hacia unos cuatro mil años antes de nuestro siglo, los habitantes de esta comarca descubrieron la plata nativa, volvieron á las anti-

guas costumbres del país, por un momento abandonadas, recobraron su independencia y se elevaron rápidamente á un grado de cultura sorprendente y de todo punto especial á este rincón de España. A su veneración por los muertos debemos la conservación de cuanto de más precioso poseían; y esas elocuentes reliquias despliegan en nuestra imaginación, después de cuarenta siglos, el cuadro maravilloso de sus progresos. Un enemigo terrible, potente y codicioso aniquiló aquella civilización naciente; y una noche oscura vino á suceder á tan brillante aurora.



COMPARACIONES ETNOGRAFICAS

1. Caldero de Mojácar (urna restaurada) - V. pág. 321.
2. Necrópolis de Vadona (*Matériaux*, 1884, pág. 166) - Véase pág. 321.
3. Este (*Matériaux*, 1884, pág. 14. Necrópolis hallstacianas) - V. pág. 321.
4. Objeto de tierra cocida; Campos - V. pág. 321.
5. Asa de vasija; Hanai Tepoh - V. pág. 321.
6. Fragmento de un asa de vasija; túmulo de San Margarethen (*Matériaux*, 1884, pág. 134. Necrópolis hallstacianas) - V. pág. 321.
7. Asa de vasija; Hanai Tepoh - V. pág. 321.
8. Este (*Matériaux*, 1884, pág. 14) - V. pág. 329.
9. Tirinto - V. pág. 329.
10. Excavaciones de Arnoaldi (*Matériaux*, 1881, pág. 133).
11. Copa para incineración, San Margarethen (*Matériaux*, 1884, pág. 134).
12. Hissarlik, 1.ª ciudad - V. pág. 329.
13. Hissarlik, 4.ª ciudad.
- 14, 15. Túmulo de Haguenau (Museo de St. Germain) - V. pág. 329.
16. Mesetas de la Somma (*Matériaux*, t. II) - V. pág. 329.
17. Parazuelos; punta inferior de la vasija dibujada en la lámina 8 del Album - V. pág. 330.
18. Argar; fondo de copa; sepultura 677 - V. pág. 330.
19. Zapata; fondo de la copa fig. 96, lámina 23 del Album - V. pág. 330.
20. Ifre; fondo de la copa de la sepultura 5 - V. pág. 330.
- 21, 22, 23, 24. Ilios - V. pág. 330.
- 25, 26, 27, 28. Adornos de escultura de la Citania de Britelros (Cartailhac, op. cit., pág. 296) - V. pág. 331.
29. Cuevas artificiales sepulcrales de Palmella, Portugal. Copa adornada con una cruz en el fondo, parte exterior (Cartailhac, op. cit., pág. 124).
- 30, 31, 32, 33, 34, 35. Alhajas de bronce de Roknia. Escala mitad del natural - V. pág. 325.
36. Alhaja de plata de Roknia - V. pág. 326.
37. Vasija de Roknia - V. pág. 326.

ETNOLOGÍA

POR EL

DOCTOR VÍCTOR JACQUES

SECRETARIO

DE LA

SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE BRUSELAS
